

NIPPUR

DE LAGASH

EL GIGANTE Y EL ANCIANO

ROBIN WOOD

RICARDO FERRARI

SERGIO MULKO

RICARDO VILLAGRÁN

GÓMEZ SIERRA

JORGE ZAFFINO



50
ANIVERSARIO

Vol 23

EL GIGANTE Y EL ANCIANO

LOS BÁRBAROS

EL INFIERNO Y EL PARAÍSO

EL AMOR DE ORDAR

DIEZ HOMBRES LIBRES

EL TONTO

El llamado del cuerno ascendió por los
aires, ingrávito y metálico como la voz
misma del cazador. Un alarido jubiloso
resonó en todas partes.



El rey Filipo de Macedonia había
organizado una cacería para hon-
rar a los enviados del Epiro, a la
cual seguirían fiestas y agasajos.



Arthos y yo nos lanzamos por la foresta
con los arcos listos. Habíamos rechaza-
do los caballos pues sabíamos por experi-
riencia que entre el follaje eran más un
estorbo que una ayuda.



**NIPPUR DE
LAGASH**

**EL GIGANTE
Y EL ANCIANO**

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **MULKO**

Cerca mío galopaba
Hermodio, último
hermano de Filipo,
un joven iracundo
y propenso a los ata-
ques de furia, pe-
ro un excelente ca-
zador y mejor jinete.



De pronto,
saltó el
ciervo.



El ciervo cayó de costa-
do con la flecha clavada
en el cuello.

¡Excelente tiro,
hermano!



Toda la foresta hervía con los gritos, los ladridos y los relinchos. El cuerno seguía sonando con enloquecedora insistencia.



Cerca mío divisé a Filippo. El joven rey macedonio parecía volar sobre el manto de hierbas y hojas secas buscando su presa.



¡Buena caza, Nippur!

¡Buena caza, Filippo!



Lo vi detenerse junto a un árbol seco y allí se arrodilló.

¡Quieto, Nippur! ¡Creo que viene un jabalí!



Lo esperamos, y...



¡Nippur! ¡Un áspid me ha picado!



Un escalofrío de horror me corrió por la espalda. Corrí junto a él, desvainando mi cuchillo.

¡No te muevas, Filippo!



De un profundo tajo abrí la carne, allí donde dos orificios oscuros indicaban el lugar donde el reptil atacara.



Lo hice sangrar con furia en la esperanza de extraer el veneno. La caza había terminado.

El regreso fue silencioso y triste. Delirante sobre una parihuela hecha con lanzas yacía Filippo.

¿Crees que morirá?

No sé, Arthos. No sé si extraje todo el veneno.



El viejo Hiparco, el médico de palacio, abrió los brazos con ademán impotente.

¡Nada puedo hacer! ¡Mi ciencia es limitada y sólo puedo aconsejar esperar!



¡Sólo pensaba en Macedonia!

¡Deberías pensar un poco más en tu rey! ¡Trata al menos de disfrazar tu regocijo!



Hermodio no parecía inquieto y eso me desagradó.



¡Debemos nombrar un regente entonces!



¿Cómo te atreves?

Arthos lo contempló con ojos despectivos.

¿Para qué precisas un regente, Hermodio? Tu rey aún está vivo.



¡Quietos! ¡Malditos sean los dos!



Hiparco, no quiero ofenderte, pero no me apetece la idea de esperar sin hacer nada. ¿Hay algún médico al que se pueda recurrir?

Hiparco era un hombre honesto y no le molestaba reconocer la mayor sabiduría de otros.

Creo que sí, Nippur. Hay un hombre muy sabio que vive en las laderas del monte Vermion.



Su edad se pierde en las brumas del tiempo, pero puedo asegurarte que su sabiduría es real y valiosa como el oro puro. No sé si podrás convencerlo de que te ayude, pues rehuye el trato humano.



Antes de abandonar la sala me volví. Hermodio, erguido sobre las grandes losas negras, nos contemplaba.



¿Cómo se llama?



No lo sé, nadie lo sabe. Todos lo llaman el anciano. Nada más puedo decirte sobre él.

—Bien, Arthos. ¿Vendrás conmigo?

¡Por supuesto! ¡Iré a preparar mis cosas!



Nuestro equipaje fue liviano. Espadas y arcos, y una bolsa con carne seca y maíz. Luego, acompañados por varios jinetes, llegamos hasta las estribaciones del Vermion. Allí nos despedimos.

Aguardad con los caballos listos aquí durante tres días. Esperamos estar de regreso antes de ese tiempo.



El Vermion se alzaba pedregoso y pesado bajo el cielo macedonio. El sol arriba, girando amarillo y cruel. Y abajo los duros guijarros, la roca polvorienta.

¿Cuánto crees que tardaremos en encontrar a esa momia?

Espero que lo hallemos mañana o pasado.



Nippur, no me ha gustado la conducta de Hermodio.

Es normal. En toda corte hay un oportunista ambicioso.



Desea la muerte de Filipo. Una muerte que lo deje a él libre, sin culpa ni mancha, para poder izarse hasta el trono, de ser posible.



¡Bah! ¡Cuando vuelva le hundiré las narices! ¡Ahora, a dormir!



¡Mira, Nippur! ¡Allá arriba veo una caverna!

¡Sí, y hay alguien sentado frente a ella!



Cuando nos hallamos ante la cueva, vimos a un enorme bruto de rostro bobalicón, sentado con las piernas cruzadas, que jugaba con piedrecillas de colores.



¡Los dioses sean contigo! ¿Es ésta la morada del anciano?

Nos miró un momento y luego lanzó una risita y siguió jugando con sus piedrecillas.

Creo que tendremos que averiguarlo nosotros mismos.



La caverna era oscura y húmeda, pero el piso había sido cubierto por numerosas alfombras, algunas nuevas y costosas y otras viejas y polvorientas.



¡Allá veo luz!

La caverna terminaba en una especie de plataforma subterránea, donde ardían numerosas antorchas. Allí se amontonaban trozos de oro y osamentas de bueyes, cascos y pieles, lanzas, estatuas y algunos esqueletos humanos.



¡Por los dedos de Samás! ¿Qué es esto?



Era él. Parecía un pequeño mono arrugado, pero sus ojos eran vivaces y relucían en la penumbra como los de un gato.

¿Eres tú ese que llaman el anciano?

Ese soy yo.



Sus pequeñas y esqueléticas manos acariciaron una de esas hermosas flautas hechas de dos picos y habló sin mirarnos.

Yo hablo con el viento y con el relámpago que espanta reyes y bestias.



Lo que sé de vosotros no me ha llegado de labios humanos. Sé muchas cosas de los hombres. Podría decirte tu futuro, pero entonces la vida te sabría a cenizas. Por eso no hablaré de los tiempos por venir.



En cambio quiero oír de tus labios los motivos de tu venida. El sendero es de polvo y fuego, hasta aquí. Debes tener un motivo muy fuerte.



Sí, lo es. El rey Filipo de Macedonia agoniza, y sus médicos son impotentes para salvarlo. Por eso vine a buscarte a ti.



Has hecho inútilmente el camino.

¿No comprendes que el rey va a morir?



Nippur de Lagash, mi memoria flaquea ante el recuerdo de los reyes y los reinos que he visto caer. Yo mismo fui rey en la edad en que las hachas y las espadas eran de piedra.



Fui guerrero y vi hundirse más reinos. Luego, mientras los años seguían corriendo, los reyes continuaban fundiéndose con el polvo y las murallas de las grandes ciudades se volvían escombros y maleza.



Y ahora tú vienes a pedirme que te ayude a salvar la vida de un rey. ¡Un rey! ¿Qué es un rey? ¡Apenas un hombre! ¡Morirá! ¡Su destino está ya marcado! ¿Para qué luchar contra eso?

¡El rey puede cubrirte de oro!





¿Oro? ¡Bah! ¡Mira a mi alrededor! ¡Soy más rico que cualquier rey, y además no me importa! ¿Oro? ¡Carroña para los hombres!



¡Cualquier cosa que desees te será otorgada!



Arthos desenvainó su espada y el ruido hizo resonar ecos en todo el ámbito de la caverna.

¡Puede ofrecerte tu vida! ¡Si no vienes la perderás para siempre!



El anciano rió cascadamente.

¡No seas tonto! ¡Los chivos negros de la muerte no balarán aún por mí!



¡Detente, Arthos! ¡No es esa la manera!



Escúchame, anciano. No es la codicia ni el interés lo que me ha traído ante tu presencia sino el afecto. El afecto, no a un rey, sino a un hombre justo llamado Filipo.



¡Nada significa para mí el brillo de su corona o el tintinear de su oro, pues soy mortal y con conciencia de ello! ¡Pero sí significa, y mucho, la riqueza de su justicia y su pureza de corazón!



Has dicho que los reyes sólo polvo son. Es cierto. Pero el polvo de reyes como Filipo será la argamasa que alzaré un monumento prodigioso para los hombres y sus hijos.



-¿Y qué será ese monumento? ¿Cómo se llamará?

Tal vez se llame paz.



Un silencio pesado y extraño descendió sobre la caverna. Sólo se oía el revolotear de los murciélagos y el gotear del aceite sobre las antorchas. Por fin...

¡Nippur de Lagash...!



Eres un loco, pero tu locura es más hermosa que todas las corduras. ¡Quizá vivas en el error, pero tu error es dulce para mis oídos!



¿Serías capaz de ofrecer tu vida a cambio de la de Filipo?

Pensé un momento y recordé a aquel joven valiente y hermoso como una llama, y a su hijo de cabellos dorados, Alejandro.



Anciano, yo sólo soy un aventurero. Mi vida no cambiaría nada ni mi muerte tampoco. En cambio, Filipo dejará una huella tras él. Además, es mi amigo. Toma mi vida, si la quieres, pero sálvalo.

No dijo nada. De pronto golpeó dos piedras y volaron las chispas. Un recipiente de aceite que se encontraba ante él estalló en llamaradas. Espantado, retrocedí.



No te asustes, Nippur.

Su rostro iluminado por las llamas se veía rojo y negro y brillaban los charcos verdes de sus ojos.

Salvaré a Filipo, pero en los años futuros, él o su descendencia cambiarán el mundo de tal manera, que, si llegaras a saberlo, creerías hallarte ya en la morada de los dioses.



En cuanto a ti, las llamas me hablan de tu futuro. Veo una ciudad de blancas columnas y veo un trono. Veo carros de guerra, y miles de gargantas que gritan tu nombre, y el de tu amigo. Y veo una mujer con cabellos de fuego.



Las llamas se redujeron y luego desaparecieron.

—¡Continúa! ¿Qué más?

No hay más. El fuego se ha callado.



Con un mazo de piedra hizo resonar un gran escudo de bronce. No tardó en aparecer el gigante de la entrada.

Este es uno de mis nietos. Cuando sus padres vieron que los dioses habían quemado su cerebro, quisieron matarlo. Pero yo se los pedí y me lo dieron gustosos.



Los años ligaron mis piernas a la muerte, así que mi nieto debe suplirlas. ¡Levántame!



Con un movimiento cuidadoso y gentil, el gigante tomó al anciano entre sus manos y lo colocó sobre un hombro.

¡Vamos!



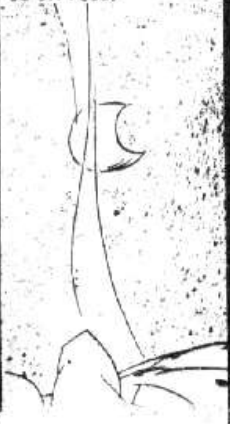
El sol había descendido mucho sobre el flanco de las laderas cuando dejamos la caverna.

¿Quieres ir ya, o prefieres esperar el nuevo sol?

Prefiero ir ya. La fiebre debe estar clavando sus dientes en Filipo.



Una gran luna amarilla subió al cielo y el grito de los pájaros nocturnos voló de roca en roca.



Y allí íbamos nosotros, Arthos, el mejor montañés, a la cabeza eligiendo el camino; luego el anciano y su portador, y luego yo, cerrando la marcha.



Era ya cerca de la madrugada cuando nos detuvimos para descansar un rato.

Prepararé algo de comer con nuestras provisiones.



El anciano, sentado junto a una roca, soplabla su flauta y la fina y suave melodía se izaba por las rocas para disolverse en el viento.



¿Por qué soplas un solo pico, anciano? ¿No sirve el otro?

Es un secreto, Nippur de Lagash.

La lanza se apoyó suavemente contra mi pecho y luego otra contra mi espalda. Una voz ronca me ordenó:

¡No te muevas, sumerio, o eres hombre muerto!



Arthos estaba acucillado junto a la hoguera, inmóvil, enfrentado a dos asaltantes que lo apuntaban con sus arcos tensos y las flechas centradas en él.



Y entonces apareció.

¡Salve, Nippur! ¡Veo que eres inteligente y no te mueves!

¿Tú?



¿No te lo imaginabas?



No. Aún no había reconocido tu olor. Pero ahora sí lo reconozco: es el hedor de las hienas.

Sonrió. Se sentía tolerante y podía tolerármelo.

¡Bah! ¡Insúltame si quieres, pero cuando muera Filipo seré rey! ¡Rey de Macedonia!



En ese momento oyó la flauta del anciano, que, indiferente a todo, seguía tocando.

¡Ah, el hechicero! ¡Está tocando la melodía de su muerte!



Se detuvo ante el anciano con la espada desenvainada.

¡Eh, viejo! ¡Sabes que vas a morir?



Me pareció ver una tenue sonrisa en el rostro del anciano. Lentamente despegó sus labios del pico de su flauta y los pasó al otro.

¿No me oyes?



El segundo pico no emitió ningún sonido. Apenas un soplido fuerte y ahogado.

¡Ah!



Hermodio cayó de rodillas mirando con horror al viejo.

Veo un gran potro negro de ojos de acero que viene por ti, joven de corazón sucio.



Era la oportunidad. ¡A ellos!





El único sobreviviente intentó huir, pero...



¡Ah!



La flauta del anciano seguía desgranando su música lenta y dulzona.



¿De manera que ése es tu secreto, anciano?

Los dioses me protejan, pero no está de más que yo me ayude un poco.



Dile a tu amigo que venga. Yo lo curaré.

Gracias.



Contemplé a Filipo que caminaba lentamente por el gran jardín rodeado de sus amigos.

Tu trabajo ha sido bueno, anciano.

No fue difícil.



¿Qué harás ahora?

¿Ahora? Volveré a mi caverna a esperar.



¿Esperar qué?

No sé. Los tiempos por venir. El mañana lleno de nieblas. Tal vez la muerte. Tal vez todo. Tal vez nada.

Se fue durante la noche. La luna iluminaba la enorme silueta torpe del gigante y la pequeña mancha negra del anciano en su hombro. Los perros callaron súbitamente. Cuando volvieron a ladrar, comprendí que el anciano ya se había ido.



FIN

NIPPUR DE LAGASH**LOS
BÁRBAROS**Por **ROBIN WOOD**Dibujos de **MULKO**

Bajaron de las montañas al derretirse las nieves y dejar los senderos abiertos. Vestían aún sus ropas de pieles y llevaban pesadas lanzas de punta de piedra y mazas de madera endurecida al fuego. Barbudos y hambrientos, estaban acostumbrados a sufrir y estaban decididos a cambiar su suerte.



No tenían reyes sino simplemente jefes de banda que eran seguidos sólo por amistad. Vinieron sin sus familias, pues querían moverse rápido para luchar y saquear con comodidad. Se contaba que en otras épocas eso ya había ocurrido pero la memoria se había diluido en el tiempo.

Y ahora la memoria había vuelto y las ciudades de Sumeria veían a la horda descender sobre ellos como una manada de lobos hambrientos, sombríos, decididos a tomar todo lo que cruzara ante sus ojos, todo lo que excitara su codicia.



Y en su miseria codiciaban todo. Saquearon primero las pequeñas ciudades que no tenían guarniciones y las colonias de labradores que se extienden al pie de las montañas. Fue como el olor del vino para el ebrio. Quisieron más.



Y continuaron bajando hacia la tierra de los dos ríos, lenta, pesadamente, devorando todo a su paso, quemando, matando, descubriendo atónitos cuán fuerte eran ellos, los que siempre habían sido considerados débiles.



Habían descubierto una de las más viejas verdades del hombre: la civilización puede ser tranquilamente deshecha por una espada. El cerebro puede ser aplastado por el músculo.



Yo oí todo eso. No me estremecieron los relatos de matanzas pues he oído y he visto demasiados. La estupidez de los hombres y su barbarie no tiene sorpresas para mí. Ni me deja esperanzas tampoco.

Ningún hombre fue perdonado. Esos bárbaros no guardan esclavos. Apenas si conservan a las mujeres.



¿Y cuál es su ruta?

Creo que convergen sobre la ciudad de la reina Aneleh. Seguramente comenzarán a tomar todas las ciudades, una por una. De esa manera será fácil.



Las ciudades sumerias deberían unirse y unir sus tropas. De esa manera los derrotarían fácilmente.



Claro que sí, sumerio. Pídeles a todos esos reyes sumerios que depongan su mezquindad y se alíen y verás las respuestas que obtienes.

Le di vino y le di pan y lo miré comer, abstraído, meditando en sus palabras. Ni el último mozo de establo se siente incapaz de señalar los errores de los reyes, eso es sabido, pero en este caso había una gota de verdad en las palabras del mendigo.



¿Tú eres Nippur?

El mismo. ¿Y tú?



Soy un mensajero de la reina Aneleh. Solicita tu presencia. Te he buscado sin cesar desde hace muchos días. ¿Vendrás?



Asentí con la cabeza. Me pregunté qué aspecto tendría ahora la reina de Arrar, la revolucionaria apasionada, la reina despótica.



Iré.

Conservaba su belleza única pero ahora había pliegues amargos en su boca. Ella había luchado por sus sueños y al triunfar descubrió que los sueños son apenas eso. Luchó por la libertad y luego tuvo que sustituir la libertad por leyes, la amistad por soldados y el amor por cadáveres.

Me alegra que hayas venido, Nippur.

¿Dudabas?



No. ¿Quién dudaría del incorruptible? Eres un hombre extraño, Nippur. En la hora del triunfo desapareces y en la hora del peligro estás allí otra vez. ¿Por qué?

Tal vez porque el peligro saca a flote lo mejor de los hombres mientras que el triunfo resucita las codicias. Me gustan los lobos cuando pelean contra el león y no cuando se empujan el uno al otro para conseguir el mejor trozo del cadáver.



Asintió y paseó la mirada por sus ministros y sacerdotes. Era un anillo de rostros astutos. Podía darles órdenes pero no confiar en ellos. Comprendí que los pliegues amargos no estaban solamente en su boca.



Sabes del peligro que nos amenaza.

Sí.

Aconséjame.



Prepara un cuerpo de soldados armados ligeramente y envíalos a detener a los bárbaros, a demorarlos. Que no libren batalla a campo abierto sino escaramuzas simplemente. Que no los dejen avanzar. Mientras tanto busca aliados. Sargón de Akad y Ur-El de la tierra de Merem te ayudarán.



¿Y a quién pondrías como jefe de esos soldados?



Aneleh, tú eres ya una reina. Te has vuelto astuta. A puesto a que esos soldados ya están listos y también lo están los mensajeros para los reyes sumerios. Sólo te faltaba un jefe en el que confiaras para luchar contra los bárbaros.





Y me hiciste venir.



No sonrió. Se encogió de hombros...

Así es. Tú lo has dicho.



Eran medio millar de jinetes con cascos de cuero y lanzas cortas. Parecían en buena condición física y en buen espíritu. Y para mi sorpresa entre ellos estaba...

Oíram. ¿Qué haces tú aquí?

Seré tu segundo



¿Tú? ¿Mi segundo? Pero...

Yo soy bueno con mis cuchillos y soy astuto y peleo como un león pero no conozco el arte de la guerra. No me importa obedecer. Todo lo que quiero es salvar a la ciudad.

En otra época, él peleaba sólo por Aneleh. Ahora luchaba por la ciudad. Comprendí que para él, la reina de Arar no era más que una desconocida. Los años de lucha, hombro con hombro contra Ilioem, el tirano, habían sido olvidados. Ahora él era otro súbdito más.

Está bien, Oíram. Nosotros salvaremos tu ciudad.



Espiamos a los bárbaros mientras avanzaban. Esto se hacía lentamente pues venían cargados de botín y no se separaban de él.

Son muchos.



Sí, pero no resistirían el ataque de un ejército disciplinado.

No, pero tendría que ser un ejército enorme. Por lo menos el de tres ciudades.



Pero... ¡Mira! ¡Alguien sale al galope! Parecería que huye...

Sí..., y lo persiguen...



¡Rápido! ¡Diez hombres conmigo! ¡Y tú, Oíram! ¡Vamos a ver de qué se trata!

El jinete se había distanciado. Galopaba bien, inclinado sobre el cuello de su animal y parecía que no lo alcanzarían...



Pero...



¡Ahhh!



¡Ya es nuestra!



¡Ah!



Embestimos furiosamente en el momento en que llegaban junto al jinete caído. Lanzamos flechas y los atacamos por el flanco izquierdo para que tuvieran que girar para golpear con el brazo derecho y de esa manera tomarlos con el pecho descubierto...

¡Ahhh!



¡Ahhh!



¡Rápido! ¡Sube!

El jinete alzó la cabeza y por un segundo vacilé sorprendido. El delgado rostro aturdido estaba sucio de tierra pero los magníficos ojos y la gran boca fuerte no pertenecían a un hombre. El bramar de los combatientes y el patear de los caballos me trajo nuevamente a la realidad.



¡Sube!

De pronto estuvo en ancas de mi caballo con sus brazos delgados anudados alrededor de mi cintura. Un bárbaro cargó sobre mí alzando su maza.



Pero Oiram interrumpió su ataque con un relampagueo de cuchillos.



¡Ahhh!

Lancé un silbido agudísimo y antes que pudieran reaccionar ya estábamos lejos, envueltos en una espesa polvareda, chorreando sangre, con mis jóvenes guerreros aullando de placer y de crueldad.



Soy Emanhet y fui capturada por los bárbaros tras el saqueo de mi pueblo. Mi padre era soldado y nos defendió. Lo mataron a palos como a un perro y a mí me llevaron para su jefe, Saraham, el guerrero sin cuello.



Pero yo fui educada como mujer libre y no quise ser esclava de un bárbaro y esperé hasta hallar una oportunidad de huir y eso fue hoy...



Tú podrás ayudarnos, Emanhet. Hay muchas cosas que necesitamos saber sobre los bárbaros. Cosas que...

Basta ahora, Nippur.



Envolvió a la muchacha en su manto y la ayudó a tenderse en el suelo, junto a la hoguera. Era sorprendente ver la torpe gentileza de ese asesino sin entrañas, de ese hombre misterioso del cual yo desconfiaba tanto...



Déjala que descanse.

De haber sido otro hombre el que hubiera hecho esto, se habrían oído chanzas y bromas, pero siendo Oiram nadie dijo nada. Ni siquiera yo. Por sobre el fuego de la hoguera, los ojos siniestros del hombre de los cuchillos eran una advertencia negra.



Emanhet nos trajo informes preciosos sobre la cantidad de hombres de armas que los bárbaros alineaban, sus prisioneros, sus bagajes, sus jefes, sus disputas, su codicia, su placer, sus planes...



Tomarán Arar y luego avanzarán sobre Akad. No planean volver a su país como antes lo hicieron. Esta vez se quedarán en Sumeria. Y serán los amos.

Oiram, quiero que prepares tres informes sobre esto y los envíes a Aneleh, a Ur-El y a Sargón. Tal vez ahora comprenderán que la amenaza es seria y que alcanzará a todos si no se la conjura.



De acuerdo.

Y tú, Emanhet...

Déjame quedarme, Nippur. Cabalgo bien y sé lanzar flechas como el mejor guerrero. Puedo ocuparme de la cocina y de los heridos. Soy hija de guerreros y los bárbaros masacraron a mi familia. Si tuviera un hermano varón que se cobrara la deuda no lo haría, pero soy la última de la familia. Déjame quedarme y luchar.



Es peligroso.



Lo sé.

Está bien. Quédate.



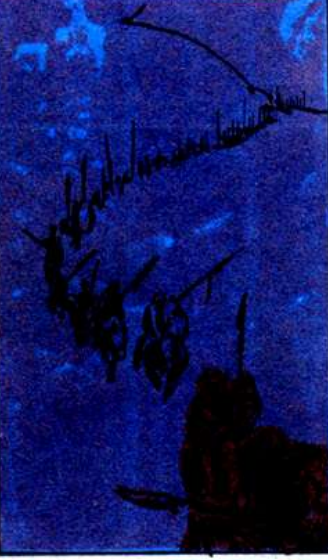
Oiram alzó los ojos de la hoguera por un momento. Me pareció ver un brillo de vida en sus ojos pero pensé haberme equivocado. ¿Quién podía imaginar eso en el hombre de los cuchillos?



Las escaramuzas continuaron sin cesar día tras día y atormentamos a los bárbaros con ataques relámpago, quemando sus provisiones, acribillando a flechazos a sus hombres, envenenando sus animales y su agua. Convertimos el avance en un suplicio.



Pero continuaban avanzando.



Mira. ¿Ves ese bárbaro con casco de oro? Ese es Saraham, el que masacró a mi familia, el que me convirtió en su perro, el que reía a carcajadas mientras vaciaba su jarra de vino sobre mi cabeza.



Oiram pasó el dedo sobre el filo espeluznante de uno de sus cuchillos.

Yo te traeré su cabeza...



Los dos se miraron un momento sin hablar y comprendí que un acuerdo tácito se estaba firmando...

Hazlo.

Lo haré.



Lentamente íbamos retrocediendo. Conseguíamos demorar a los bárbaros pero no detenerlos y cada escaramuza nos costaba hombres que no podíamos reemplazar.



Y aún no hay noticias de las ciudades.

¿Y tú crees que la habrá?



¡Tiene que haberla! Por los dioses... ¡Tienen que despertar!



Oiram se encogía de hombros y afilaba sus puñales. Emanhet lo seguía ahora a todas partes como si temiera que él olvidara su promesa. Casi nunca hablaban y Oiram parecía ignorar a la joven...



...hasta que un día...

Esta noche asaltaremos el campamento de Saraham. Es el más cercano al nuestro y nuestros espías los han visto traer mucho vino, comida y mujeres. Creo que piensa festejar. Esa será nuestra oportunidad.



Oiram asintió distraídamente y se volvió a Emanhet.
Tú no vendrás con nosotros. Te quedarás aquí.

Pero...

No discutas. Es una orden.

Está bien.

El campamento de Saraham parecía un infierno.

Saraham es mío.

Atacamos sin gritar para aprovechar al máximo el factor sorpresa. De pronto estuvimos en el centro del campamento buscando al enemigo, y no lo hallamos. Sólo hallamos a las cautivas aún gritando y cubiertas de sangre.

Pero... Las han torturado para hacerlas gritar...

¿Y la fiesta? ¿Y el vino?

Nippur... ¡Hemos caído en una trampa!

Y de pronto surgieron de todas partes entre gritos que erizaban la piel, sobrios y armados, vomitando flechas y lanzas. Saraham iba a la cabeza con su hacha.

¡He atrapado a los tontos!
¡He atrapado a los tontos!

Se cerraron sobre nosotros como un mar de bronce. y vi a mis jóvenes patriotas ser despedazados por la horda. Los arrancaron de sus caballos con las puntas de las lanzas y los pisotearon.

¡Rápido, Oiram! ¡Huyamos!

¡Adelante! ¡Te sigo!

Dementes, desesperados, hendimos la masa ululante golpeando sin mirar (¿para qué?, estaban en todas partes) rezando a los dioses con el miedo a la muerte en el vientre y la humillación en el corazón. Docenas de mis jóvenes cayeron en el camino...

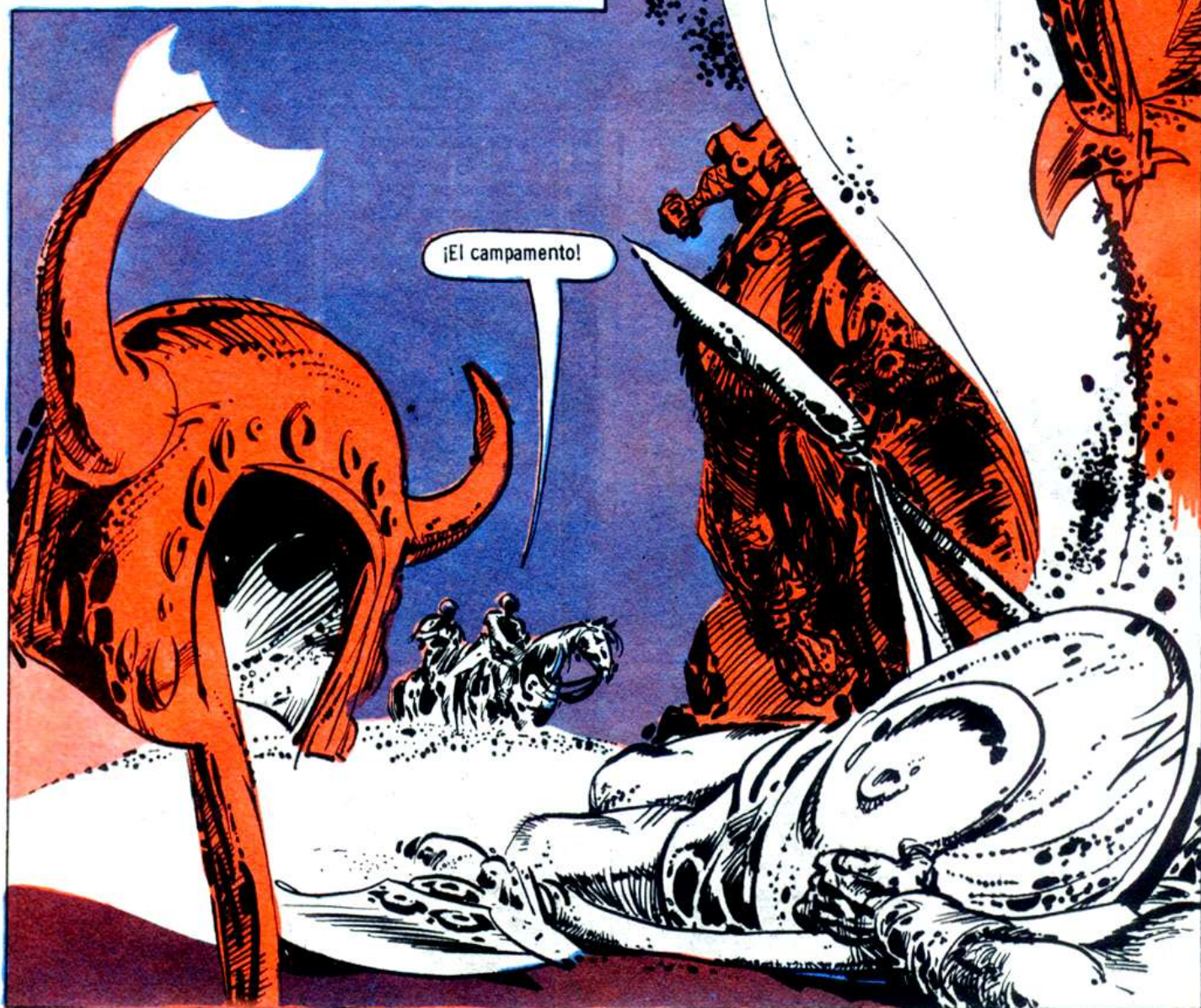
¡Ahhh!



Por fin...
Hemos huido...

Sí... pero, ¿a qué precio? Sólo somos una veintena ahora. Esa trampa fue perfecta.

Volvimos cabizbajos a nuestro campamento y allí descubrimos que nuestro infortunio era mayor del que creíamos...



¡El campamento!



¡Ha sido atacado! ¡Están todos muertos!



¿Y Emanhet? ¿Dónde está ella?



Uno de nuestros hombres aún vivía y él nos lo dijo...

Eran los bárbaros de Saraham. Estaban emboscados esperando que ustedes fueran a atacar... Era una trampa.

¿Y la muchacha?



Se la llevaron... Dijeron que su jefe la quería... La quería viva...



Emanhet...

Al día siguiente los bárbaros continuaron su marcha con un estruendo de infierno. Fui con el puñado de sobrevivientes a observarlos, mordiéndonos los nudillos de impotencia...

¿Quién los detendrá ahora?



¡Mira, Nippur! ¡Malditos sean! ¡Mira!



Ella también nos había visto y su cabeza rubia se alzó con dificultad. Tal vez gritó algo pero su voz se perdió en el bramido de la horda en marcha.



También el gigantesco guerrero con la cabeza empotrada entre los hombros nos vio y a un grito suyo que se repitió de boca en boca la horda fue deteniéndose poco a poco. Entonces nos aulló y su voz llegó límpida hasta nosotros.

¡Eh, sumerios! ¿Buscáis a vuestra protegida?



¡Mirad! ¡Aquí está! ¿La queréis viva?



¡Pues no la tendréis! ¡Mirad!



¡Ahhh!

El golpe no lo pudimos oír y sin embargo resonó en nuestros pechos como un hachazo.



¿Y ahora, sumerios? ¿No queréis vengarla? ¿No queréis rescatar su cadáver? ¡Venid!



Oiram descendió de su caballo pesadamente y se sentó sobre una roca. No dijo una palabra, simplemente se sentó allí y contempló estúpidamente el lejano cuerpo pálido colgando como un harapo de la cruz...



¡Adelante! ¡Ya nada nos detiene ahora!

Volvieron a ponerse en marcha. Era un animal infinito y cadencioso que hacía temblar la tierra con su avance. Ya veíamos las bocas abiertas de los bárbaros, repitiendo un mismo grito, una y otra vez, aullando insultos, prometiéndonos muertes más horribles que la muerte.



Y de pronto comprendí que uno de mis hombres me sacudía por los hombros gritando y señalando algo.



¡Aiii! ¡Aiii!

Descendían de las colinas en perfecta formación, con los lanceros en el centro, los honderos a la derecha y los carros de guerra a la izquierda. Relucían de bronce, erizados de armas. Reconocí los escudos rojo y negro de Akad.



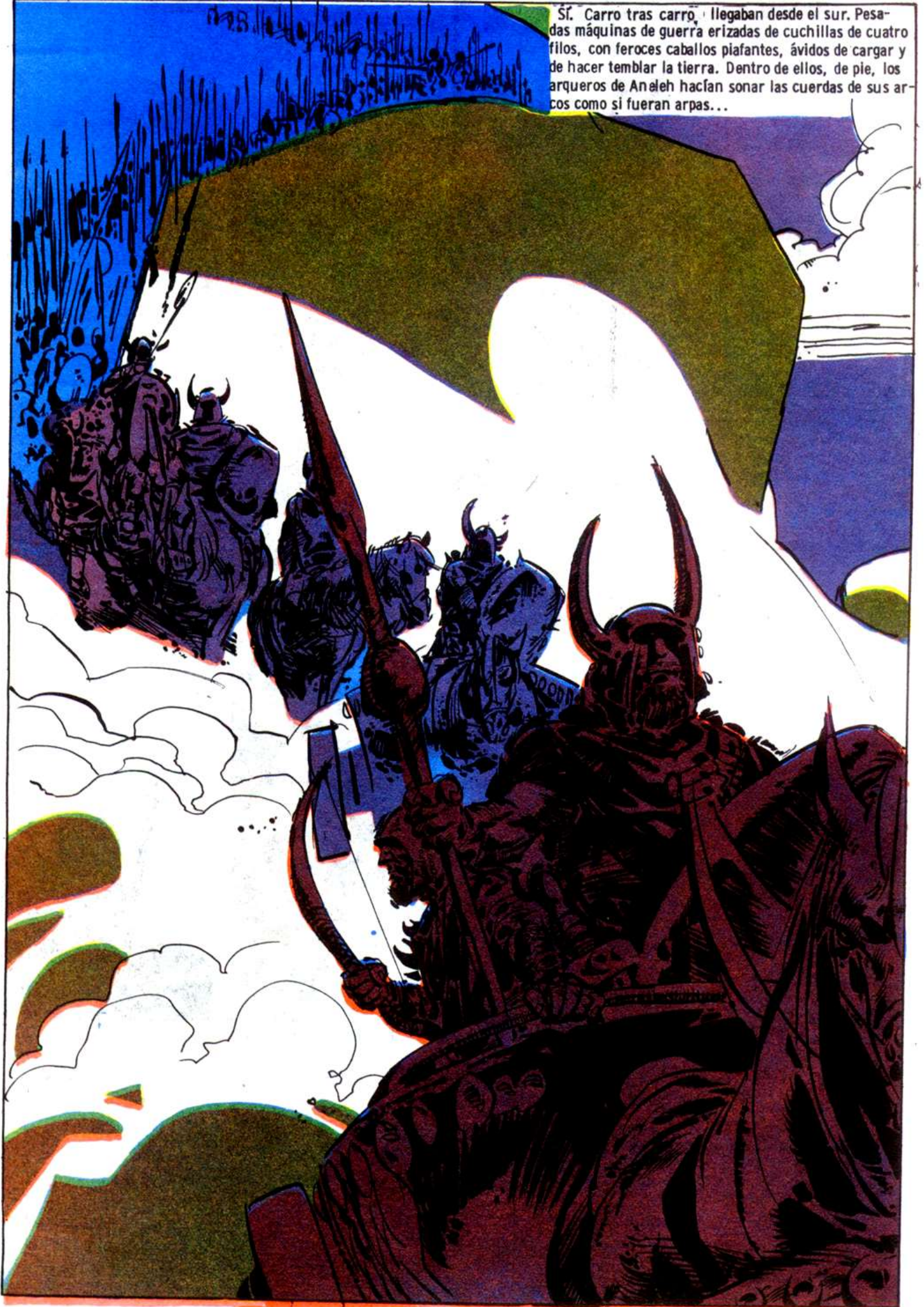
¡Y allá!

Estos eran hombres de Merem, tropas de caballería, abiertas en medialuna, una línea detrás de otra, con infantes vestidos de cuero y armados con hachas siguiendo a cada jinete, sujetándose a la cola del caballo con una mano.



¡Y allá están los de Arar!

Sí. Carro tras carro, llegaban desde el sur. Pesadas máquinas de guerra erizadas de cuchillas de cuatro filos, con feroces caballos piafantes, ávidos de cargar y de hacer temblar la tierra. Dentro de ellos, de pie, los arqueros de Analeh hacían sonar las cuerdas de sus arcos como si fueran arpas...



Y así, de tres lados diferentes, los ejércitos de las ciudades se cerraron como las pinzas de un alacrán sobre aquella multitud de bárbaros, mezclada con carros de botín, prisioneros, animales, heridos, y provisiones, todo formando un caos increíble que sólo conseguía poner en evidencia la metálica disciplina de los soldados que convergían sobre ellos a golpe de tambor.



Y de pronto, con un gran grito general que hizo temblar la tierra, los tres ejércitos cerraron sus fauces de bronce sobre la horda.



No escaparán muchos.



No.

Se peleó hasta muy entrada la noche y luego se mató hasta el amanecer. No hubo gloria en esa batalla sino más bien un trabajo de labradores. Los sumerios recorrieron el campo de batalla segando vidas como si segaran trigo, cejjuntos, concentrados, con la conciencia terquedad de quien quiere terminar bien su tarea.



No sé si Saraham murió allí o no. Había demasiados muertos para pensar en otro más. Muchos bárbaros huyeron a su país abandonando todo lo que poseyeran. Busqué a Oiram...



Y lo encontré aún sentado sobre su piedra, mirando el suelo, inexpressivo y con rostro envejecido. A veces tomaba una piedra y la lanzaba a lo lejos...



Oiram, lo siento. Me hubiera gustado que no...



No me miró y su voz fue neutra. Y en esa quietud había algo tan tremendo que me asustó. Era como ver un espejo roto que aún refleja la imagen pero rota, dislocada e irreparable...



Déjame solo.

Lo dejé solo. ¿Qué podía hacer? Ni siquiera era un amigo querido para poder acompañarlo en su sufrimiento y ni siquiera un enemigo para regocijarme con su agonía. No había venganzas para ser perpetradas y había demasiados muertos como para que fuera posible sentir una piedad única por uno solo de ellos. Por eso, me alejé caminando, dando la espalda al campo de batalla que ahora sólo era campo de muerte...



Esa fue la historia de Emanhet, de Oiram y de los bárbaros. Los dioses saben que yo hubiera deseado que terminara de otra manera.

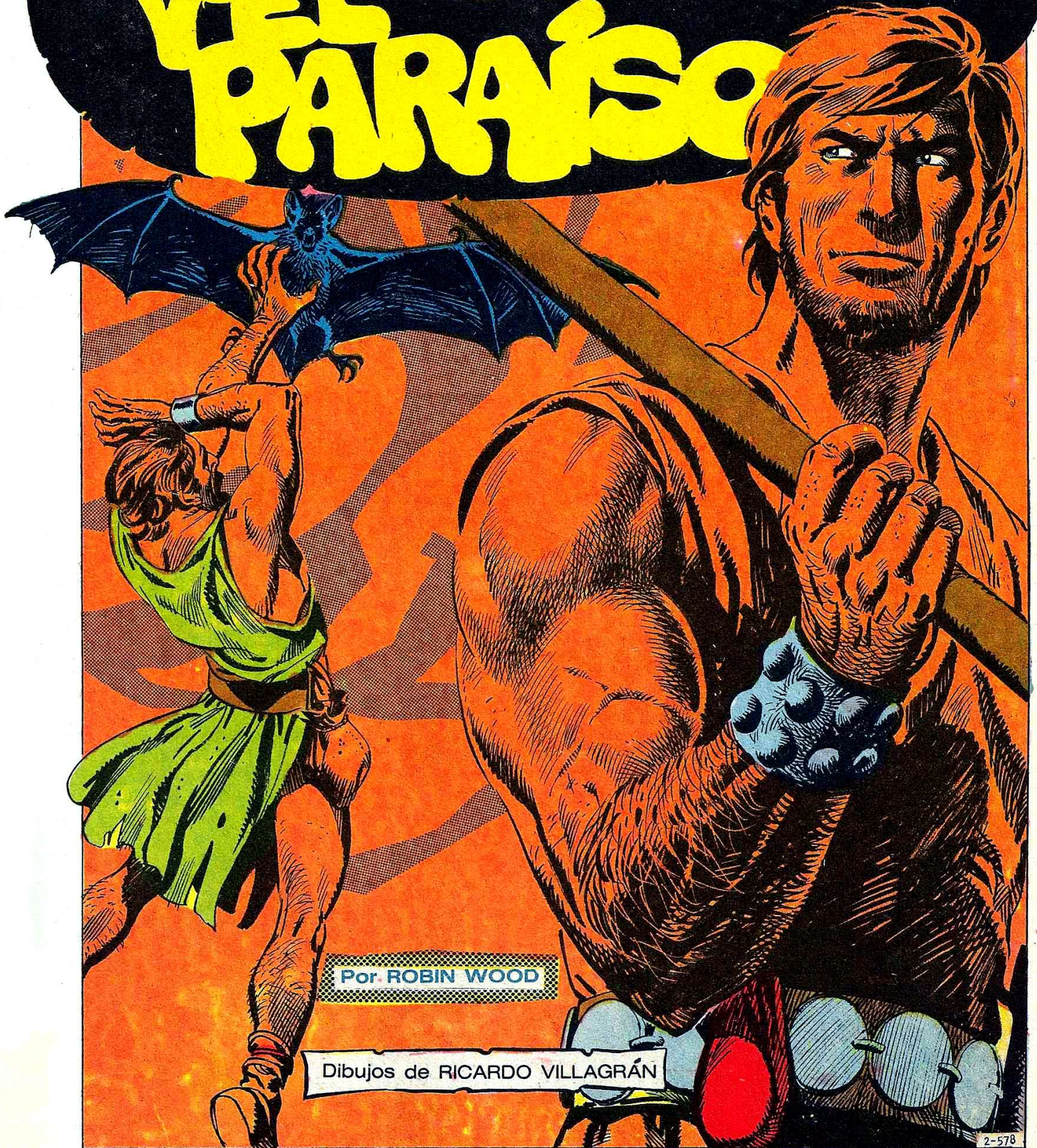


FIN

(E-153)

NIPPUR DE LAGASH

EL INFIERNO Y EL PARAÍSO



Por ROBIN WOOD

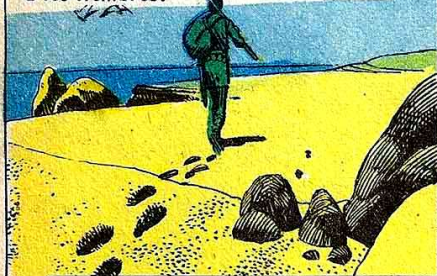
Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

2-578

Tal vez yo nunca hubiera oído hablar o visto El Infierno de no haber sido porque mi caballo fue picado por una víbora y murió junto a aquel arenal cerca de la costa, donde el viento es pesado de sal y la arena parecía haberse bebido al mundo y a los hombres. No era más que un pobre caballo de mal pelaje y peor raza pero me había servido bien y lo rematé con pena en el corazón.



Por suerte soy pobre y mis pertenencias tan contadas como mis dificultades. La pobreza es una gran solución para la angustia. Si nada tienes nada puedes perder. Me eché mi alforja y mi lanza al hombro y continué mi marcha. Lo hice a lo largo del mar pues mi experiencia me dice que el mar crea ciudades y atrae a los hombres.



Así llegué al anochecer a la ciudad. Era maciza y sólida y en sus murallas se veían cicatrices de viejas guerras con los piratas. Yo estaba cansado y podía hacer tintinear mi fortuna entre dos dedos.



(Pero me bastará para comprar un trozo de carne y una jarra de vino. Mañana veremos.)



Los vagabundos tenemos sabidurías prácticas. Hoy es importante. Mañana es futuro y no vale la pena especular acerca de él. Ayer es pasado y nada se ganará con removerlo. Déjalo morir en la memoria, amigo.



Había soldados y mujeres, marinos y pescadores, rufianes y hombres dignos que miraban a las muchachas de reajo mientras alisaban sus mantos, mendigos astutos pedigueñando, comerciantes que comían velozmente sin cesar de hacer números y algunos viejos desdentados murmurando algo acerca de guerras pasadas...



Vino y carne por lo que esto pague.



La muchacha me sonrió desde su mesa y le contesté. Soy un hombre de gran estatura y de cuerpo macizo y algunas mujeres me encuentran atractivo. Como es natural jamás he intentado contradecirlas. Al contrario...



Pero el hombre que estaba con ella lo vió y su rostro se volvió púrpura. Vestía de blanco y oro y tenía la piel pálida y tersa de los que ven poco el sol y que hacen del cuidado de sus cuerpos un culto...



¿A quién sonríes, Gurun? ¿A ese vagabundo?

No seas tonto, Gaharin.

Prudentemente me acomodé en un rincón, lo más lejos posible de ellos. Puedo pelear con cualquier criatura viviente pero por lo general me agrada tener una, buena razón. Sólo un idiota pelea por el placer de hacerlo...



(Y yo tengo hambre...)

La muchacha estaba disfrutando con la cólera de su compañero y me siguió con la mirada y con la sonrisa. Estaba gozando con la mediocre tortura que su belleza le permitía...

¿Qué es lo que tanto te atrae en él, mujerzuela?



No lo entenderías.

Explícame. Es un hombre.



Y abanicó sus pestañas hacia él sin dejar de sonreír. Hombre que me escuchas, cuando te pregunten cuál es la fiera más cruel, no pienses en tigres o lobos. Piensa en una mujer hermosa, adorada por un hombre que la aburre.



Pero tú no puedes entender lo que es eso...

Se puso de pie, pálido como un muerto. Era un imbécil, claro, y estaba enamorado, claro también y como todos los de esa especie, en vez de enviarla al demonio quiso probar que ella se equivocaba...



Ahora verás...

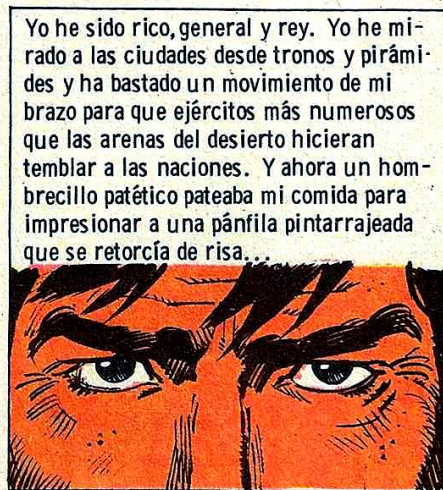


Tú... ¡Lárgate!

¿Yo? ¿Por qué? No molesto a nadie. Déjame comer, amigo.



¡Fuera te he dicho, vagabundo!



Yo he sido rico, general y rey. Yo he mirado a las ciudades desde tronos y pirámides y ha bastado un movimiento de mi brazo para que ejércitos más numerosos que las arenas del desierto hicieran temblar a las naciones. Y ahora un hombrecillo patético pateaba mi comida para impresionar a una pánfila pintarrajeada que se retorció de risa...



¡Que te largues te he...!

PAF!



La soberbia y la rabia me quemaron el vientre como un puñal al rojo vivo y golpeé esa cara delicada con una brutal torsión de hombros.



¡Ah!



Creo... Creo que...



Tiene el cuello roto. Está muerto.

Hubo un silencio largo y tenso como la cuerda de un arco. Y de pronto la muchacha comenzó a aullar...



¡Asesino!

Fuí apresado y encerrado en un foso para bestias y al día siguiente me llevaron al templo, rodeado por un círculo de lanzas y de soldados de caras heladas.



(¿Qué harán conmigo?)

Cómo en muchas ciudades del sur, la justicia aquí estaba en manos de los sacerdotes. Los ví alineados contra una pared negra, con sus cabezas rapadas y sus ojos inexpresivos. Uno de ellos, el más anciano, habló...



Forastero, has vertido sangre, el mayor pecado en un hombre. Por ese pecado, por ese delito, serás embarcado al Infierno.

No entendí lo que eso significaba pero mis sorpresas no habían terminado pues también ví a la muchacha de la taberna allí y esta vez no sonreía. Su rostro lavado de maquillaje estaba pálido de terror...

Gurun, este hombre no es realmente culpable sino tú. Fuiste tú quien provocó la pelea. No es la primera vez y desgraciadamente dudo que sea la última. Por ello tú también irás al Infierno.



¡No! ¡No pueden hacer eso!
¡Mi padre es poderoso!

Tu padre es poderoso pero no más poderoso que la ley. Seréis embarcados mañana.



Mientras la muchacha gritaba histéricamente yo no salía de mi asombro. ¿El Infierno? ¿Acaso habíamos sido condenados a muerte?



(Pero él dijo que seremos embarcados...)

Esa noche fui encerrado en una prisión y allí tuve la respuesta.



El Infierno es una isla, forastero, a tres días de vela de tierra firme. Desde la época en que los hombres se batían con espadas de piedra esta ciudad ha enviado a todos sus criminales y los ha abandonado en ella. No se sabe cómo han sobrevivido o si han sobrevivido...

Imagina lo que será esa isla donde año tras año han desembarcado toda clase de asesinos, ladrones, muherzuelas, renegados, toda la estirpe del crimen. Por eso lo llaman el Infierno.



Fuimos embarcados antes del amanecer. Eramos una docena, hombres y mujeres, maldicientes o suplicantes. El barco olía a cadenas y a sudores viejos y ninguno de los tripulantes nos dirigió la palabra.



(Es inútil intentar huir aquí. Hay arqueros en cubierta...)

Ví a la muchacha llamada Gurun en un rincón. Varios prisioneros la rodearon como fieras y extendieron manos ávidas hacia ella...

Ah. Una muchacha rica, ¿eh? ¿Quién te protege ahora, muchacha rica?





Se disolvieron en las tinieblas como monstruos-deformes y me senté junto a ella, alerta. No nos hablamos. Como lo dije antes, el pasado es pasado y sólo importa el presente. Y el presente era este barco negro cabeceando hacia la pesadilla...



Al cuarto día nos alinearon en cubierta antes del amanecer. Cada uno recibió un paquete de comida y luego nos hicieron bajar a un bote. Sorprendido, ví que hacía agua...



Entonces oímos los aullidos y vimos las esqueléticas figuras que brincaban en la orilla...



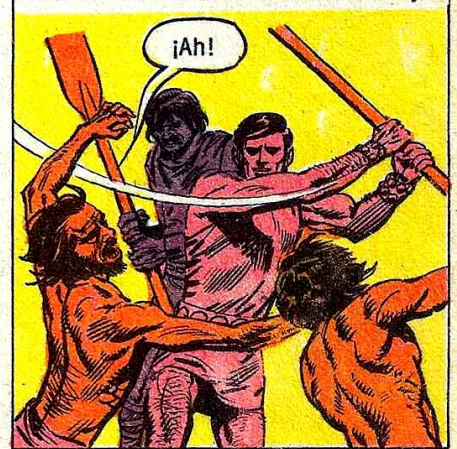
Oíd, creo que la recepción no será amistosa. Evidentemente esos hombres en la playa están locos de hambre. Es mejor que nos mantengamos unidos si queremos sobrevivir. ¿De acuerdo?



Dí uno de los remos al más corpulento de los prisioneros y yo guardé el otro. Apenas el fondo podrido del bote rozó la arena, estuvieron sobre nosotros como una manada de lobos.



Entonces tracé un molinete con el remo y...



El prisionero gigante también comenzó a golpear y el resto de mis accidentales compañeros tomaron piedras y se defendieron como gatos salvajes, espalda contra espalda...



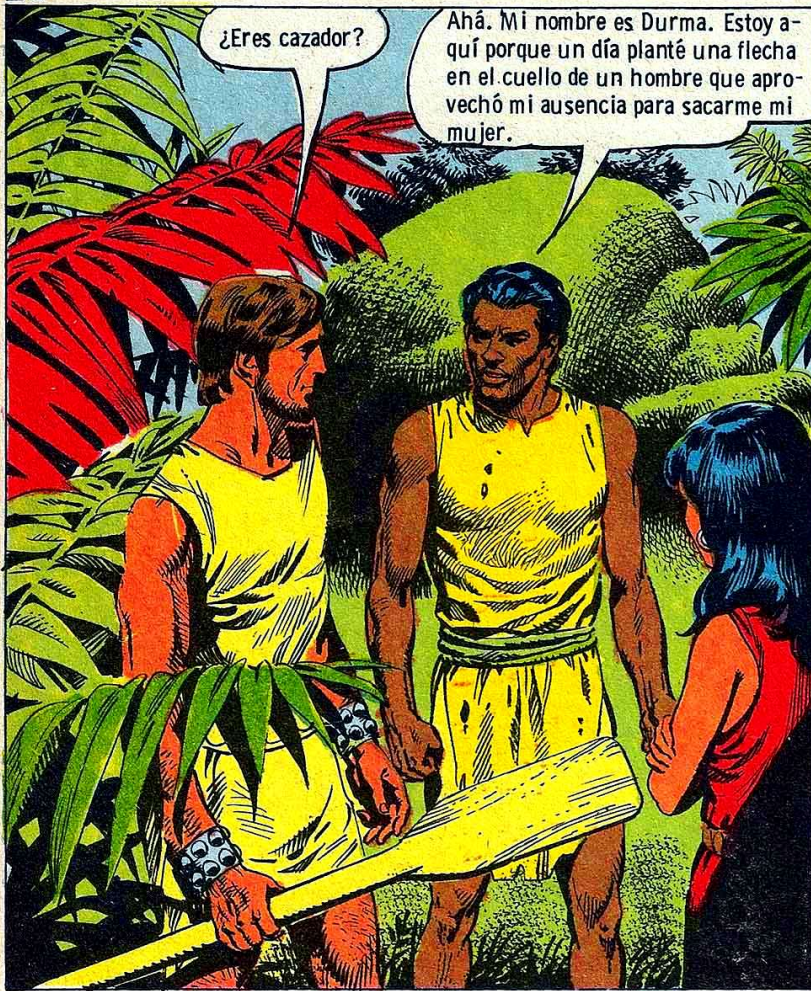
Por fin...



-Pero igual manténgámonos unidos. Evidentemente esta carroña vive atacando a los nuevos prisioneros a medida que llegan. Apenas sea de día, nos pondremos en marcha al interior de la isla.

Es buena idea. Parece haber una gran vegetación. Eso significa agua y animales para cazar.





¿Eres cazador?

Ahâ. Mi nombre es Durma. Estoy aquí porque un día planté una flecha en el cuello de un hombre que aprovechó mi ausencia para sacarme mi mujer.

Muy bien, Durma. Apenas descansemos nos llegaremos hasta la selva y allí tú elegirás ramas con las que podamos hacer arcos, lanzas y puñales. Endureceremos la madera al fuego y ya no estaremos indefensos...

Buena idea...



Nos alejamos de la playa sin peligro, excepto el coro de alaridos y una que otra piedra silbando en el aire.

Allí está el bosque... o mejor dicho el pantano...



El lugar era horrible, con una ciénaga tibia que estallaba en burbujas negras y pestilentes, una vegetación espinosa y cruel que desgarraba las carnes y un gran silencio muerto en el aire fétido...



Eso es el infierno, sin duda alguna...

Kudurim, el gigante que usara el otro remo, escupió...

¿Qué haremos, Nippur?

Detrás tenemos la playa y delante el pantano. Yo me adentraré e intentaré llegar al otro lado de la isla.

¿Para qué? Podemos quedarnos en la playa y vivir con nuestras provisiones. Cuando se acaben atacaremos a los prisioneros que sean desembarcados. Es más fácil.

No. Tú puedes volver. Yo seguiré adelante.



La mayor parte estuvo de acuerdo conmigo y Kudurim se inclinó de mala gana. Continuamos la marcha que se convirtió más y más en una pesadilla...

Dioses...



Y de pronto descubrimos el peligro...



¡Ahhh!



¡Fuera, bestia!



¿Cómo está Diakirim?

Muerto. Le destruyó el cuello.



¿Y ahora, genio sumerio? ¿Seguiremos adelante? ¿Para qué? ¿Para ser muertos?

Yo seguiré adelante porque tengo fe en que hallaremos una manera mejor de sobrevivir que la playa.

Esta vez hubo gruñidos y protestas. Varios prisioneros estaban de acuerdo con Kudurim y quisieron volver. Sólo los contuvo la idea de tener que separarse del grupo...



Pero es una locurra...

Cuídate de Kudurim, sumerio. El es grande y fuerte pero en el fondo carece de valor. Cuando esté realmente asustado será peligroso.



Lo sé. Lo sé.

El pantano se fue transformando más y más en un trampa atroz. Descubrimos peligro tras peligro...



¡Socorro! ¡Socorro!



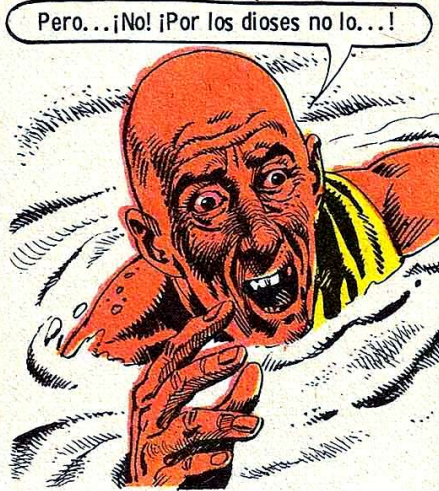
¡Ayúdame, Kudurim! ¡Rápido!

Ya va...



Pero... ¿Qué haces?

Tomo tus provisiones. Muy pronto tú no las necesitarás más.



Pero... ¡No! ¡Por los dioses no lo...!



¡Aghhh!

Esa noche comprendí que la crisis se acercaba. Kudurim y los suyos se sentaron aparte cuchicheando. Junto a mí sólo quedaron Gurun, Durma, una muchacha llamada Ienar y un soldado desertor llamado Oramapar...

Tengo la impresión de que están tramando algo, Nippur.

Sí. Tienen miedo. No quieren arriesgarse más. Quieren volver a la playa y morir de a poco, de hambre y miseria, asesinando y robando.



Esta noche, todos dormiremos con un ojo abierto.

O con los dos.



Así lo hicimos, pero el sueño del cansancio fue demasiado y...

¡Nippur! ¡Despierta!

¿Qué...? ¿Qué ocurre?



¡Nos han robado nuestras provisiones! ¡Y se llevaron a las muchachas!

¡Maldición! ¡Sabían moverse en silencio esos perros!



¿Y ahora?

Yo debo traer a esas muchachas de vuelta. Vosotros haced lo que queráis.

Vamos contigo, naturalmente.



No creyeron que los seguiríamos. Después de todo eran el doble que nosotros. Pero eran pillos de ciudad y Durma no tardó en comprender que...

Se han extraviado. Están marchando en círculos.



Siguiendo sus huellas hallamos el primer cadáver al anochecer...

Comienzan a asustarse. Kurudim debió matar a éste.

Luego hallamos al segundo...

Una de las criaturas voladoras lo atacó. Ni intentaron defenderlo. Simplemente le sacaron su comida.



Luego, el tercero...

Se están dejando morir el uno al otro para apoderarse de los alimentos. Están locos de terror...



Ya no están lejos.

Pero... ¡Algo se movió allí!

¡Vamos a ver!



Pero...



Eran Gurun e Iénar, cada una con un bulto sobre los hombros. Al vernos lanzaron un suspiro de alivio...

Sabía que nos seguirían. Aprovechamos que comenzaron a pelear para robar todas las provisiones y huir.



Gurun fue astuta, Nippur. Los burló como a niños...

Yo no pude recordar que esta brava muchacha, sucia de barro, fuera la pánfila coqueta que se divertiera en la ciudad provocando a sus admiradores. Le palmeé la mejilla...



Bien hecho...

Pero... ¡Mira!



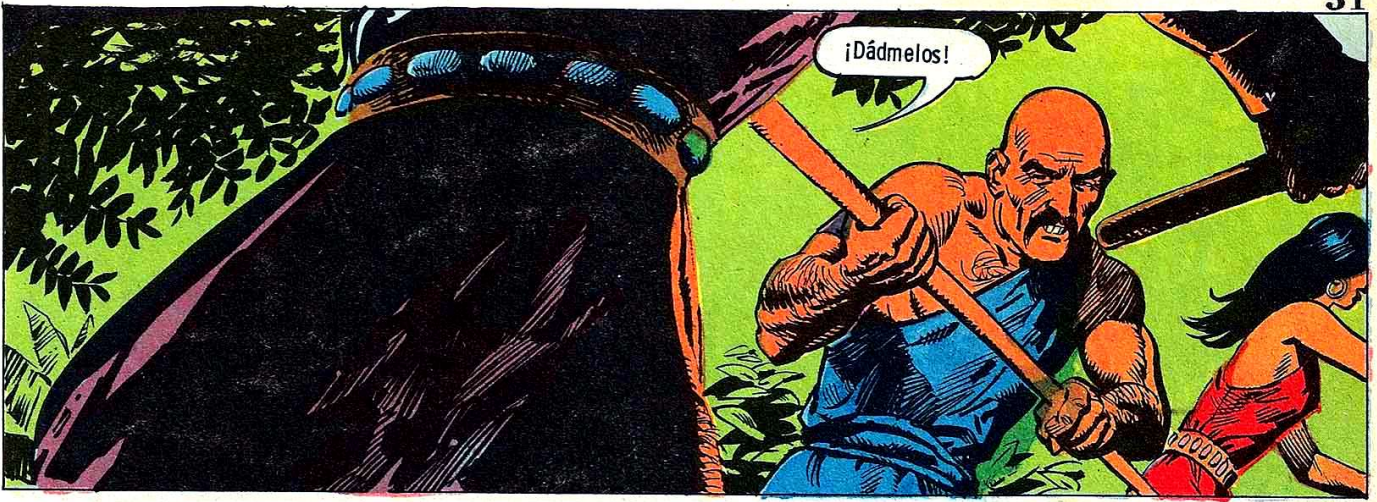
Tenía las manos manchadas de sangre y todos supimos cómo había terminado su pelea con los otros dos sobrevivientes. Empuñaba una de las ramas macizas, endurecidas al fuego que Durma preparara y tenía el brillo de la locura en los ojos...



Los alimentos. ¡Dádmelos!



Apartaos.



Hubo un chasquido cuando el corpachón duro de Oramapar se cruzó ante él...



Cayó de bruces en el fango y hundió el rostro en él. Hubo algunas burbujas pero éstas cesaron casi de inmediato. ...



Por un largo instante contemplamos ese resto informe que se hundía lentamente en el fango con repugnantes sonidos de succión. Por fin...

Sigamos ahora. Tú guías, Durma.

Perdimos la noción de los días y las noches. Allí era el reino eterno de las tinieblas pútridas y humeantes donde hasta el tiempo parecía haber muerto y colgar en harapos de las ramas espinosas...



Las criaturas volantes y las víboras se volvían más y más feroces y debíamos luchar a cada paso con ellas...

Nippur... Creo... creo que no podré dar un paso más... Tengo fiebre... Será mejor que me dejes aquí...



No. Prepararemos una parihuela y te llevaremos. No te abandonaremos.

No hicimos caso de sus protestas. La idea de perder a uno de los nuestros era intolerable. Parecía que todo ese horror y esa lenta agonía sólo sirviera para multiplicar nuestras fuerzas y nuestro rabioso deseo de sobrevivir...



No... no puedo más...

Haz un esfuerzo...



Y de pronto tuve que parpadear. Algo había herido mis ojos. Tardé un poco en comprender que era...



...el sol...

Y allí, al borde del pantano vimos los infinitos campos sembrados, las casas de piedra, los ganados y a lo lejos el mar donde se mecían las barcas de pesca y los veleros de carga...



Pero...

Bienvenidos a nuestra ciudad.



Nos llevaron a una mansión y nos dieron alimentos, agua y pudimos bañarnos. Tenían medicinas desconocidas que barrieron con la fiebre y...



No entiendo. ¿Qué es esta ciudad?

Verás, amigo... Muchos siglos atrás, los criminales fueron desembarcados en esta isla y pronto se dividieron en dos clases. Los que quedaban en la playa a vivir como chacales y los que trataban de cruzar el pantano en busca de algo mejor...



No puedes cruzar el pantano por tí sólo. Tienes que ayudar a tus compañeros y ellos tienen que ayudarte. Tienes que ser fuerte y tener dentro tuyo un deseo atroz de vivir... Es una prueba de fuerza que sólo los fuertes sobreviven.



Esta ciudad fue levantada por esa clase de gente. El coraje que enseña el pantano nos dio también la fuerza de crear nuestro propio país. Comenzamos otra vez aquí, con una segunda oportunidad. El pantano lava los pecados.



Tenéis barcos. ¿O sea que podéis abandonar la isla?

Sí, pero ¿para qué? Esta isla es nuestro hogar. Aquí somos felices. Este es nuestro paraíso, amigo.



Ví a mis compañeros llenarse los ojos con el blanco espectáculo de la ciudad junto al mar. Comprendí que su mundo de ayer yacía ahogado en el pantano y que ninguno de ellos ni siquiera había rozado con los ojos esos barcos de ensueño. Sonreí.

Extraño... El Infierno se ha vuelto paraíso... Extraño...

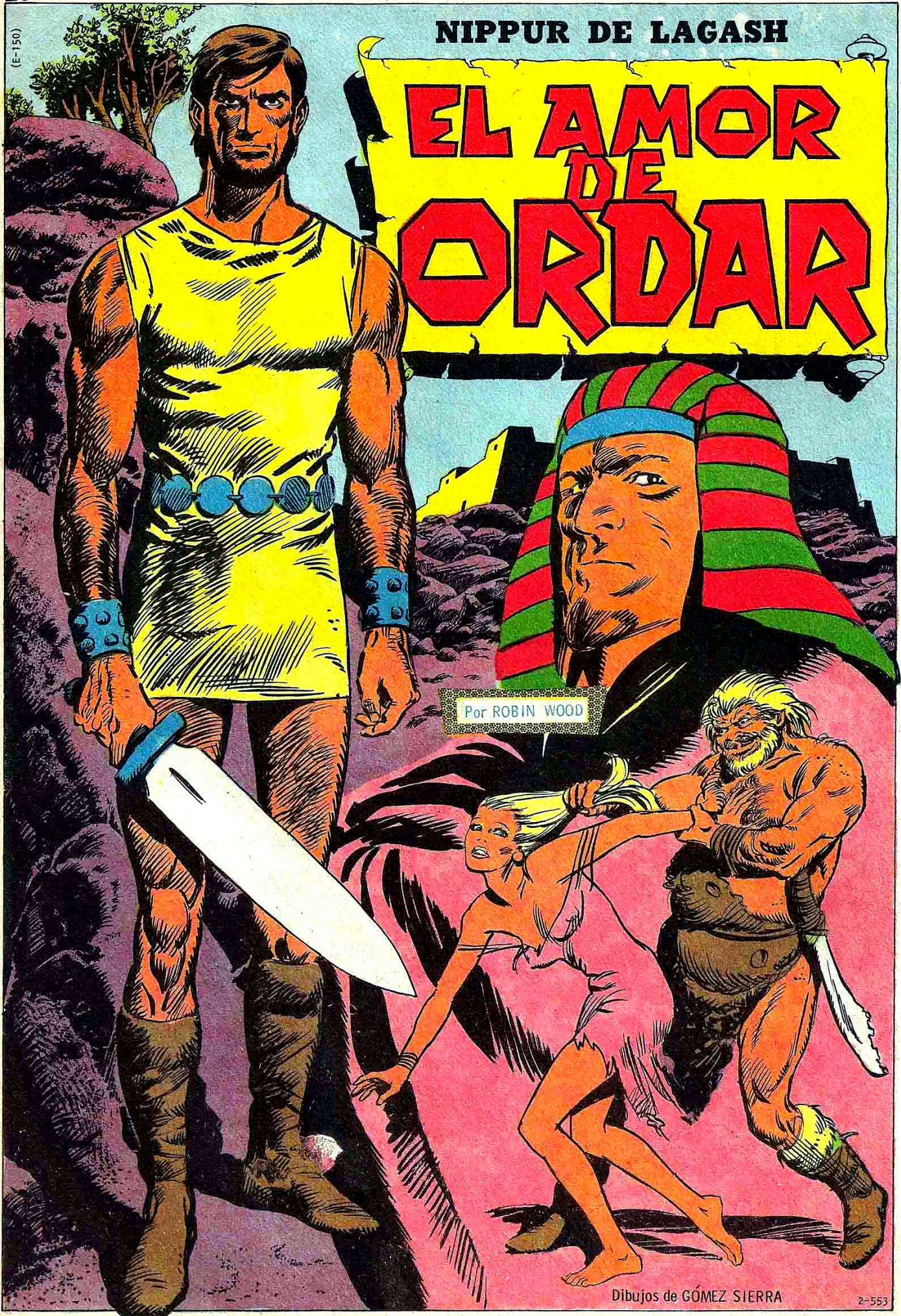


FIN

(E-150)

NIPPUR DE LAGASH

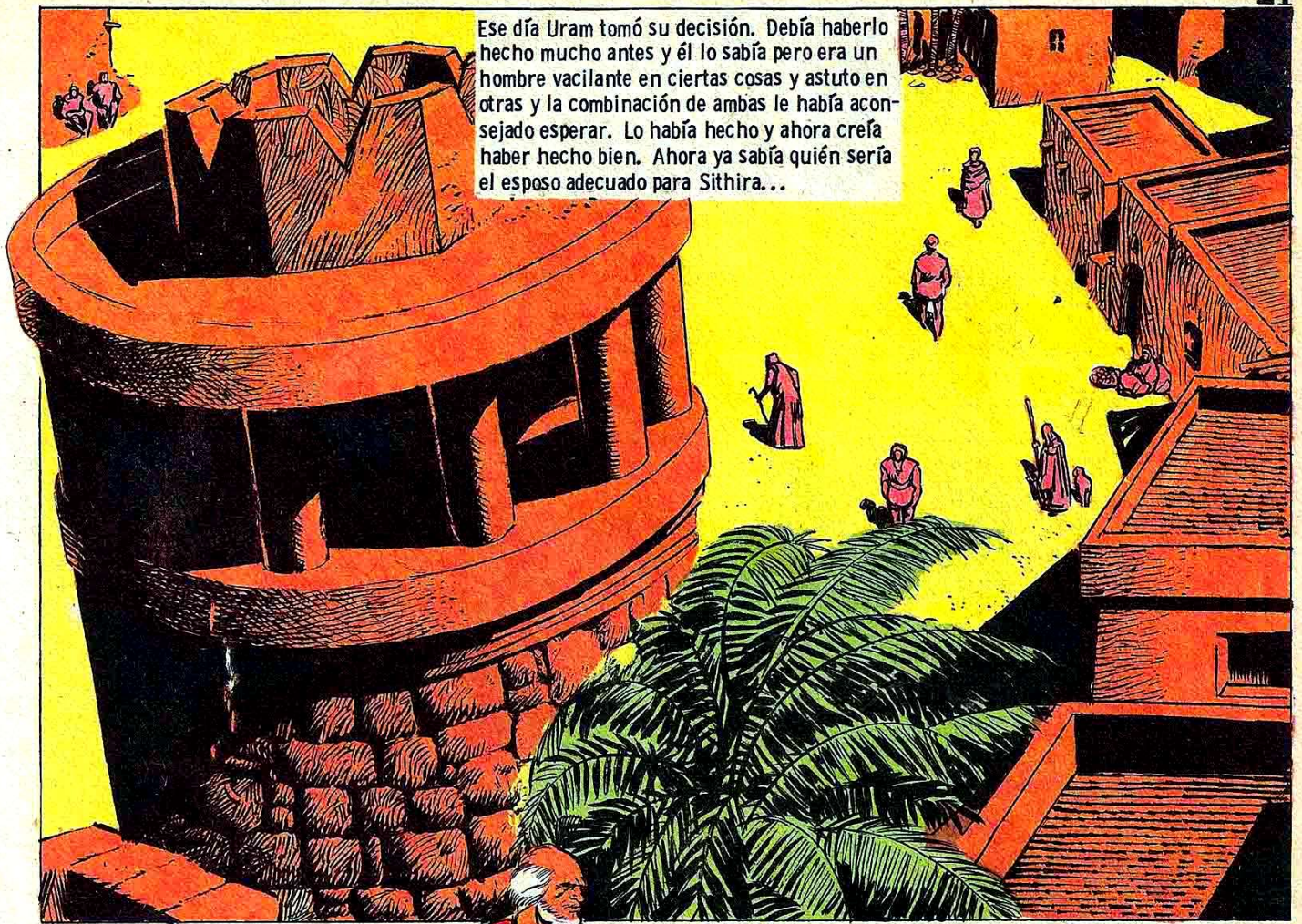
EL AMOR DE ORDAR



Por ROBIN WOOD

Dibujos de GÓMEZ SIERRA

Ese día Uram tomó su decisión. Debía haberlo hecho mucho antes y él lo sabía pero era un hombre vacilante en ciertas cosas y astuto en otras y la combinación de ambas le había aconsejado esperar. Lo había hecho y ahora creía haber hecho bien. Ahora ya sabía quién sería el esposo adecuado para Sithira...



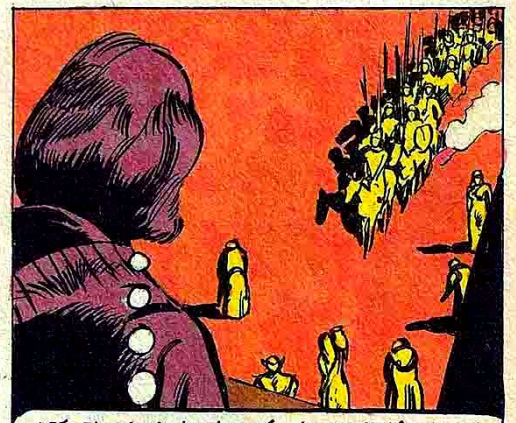
Uram era comerciante y su fortuna incommensurable. Poseía tierras, barcos, y graneros repletos. Sus esclavos trabajaban en molinos, plantaciones y minas y su nombre era una garantía más sólida que una muralla de oro, pero...



(Pero tengo una sola hija...)



(El egipcio será un buen marido para ella.)



(Sí. El egipcio la elevará a la condición de princesa y al mismo tiempo él será rico con mi dinero...)

Automáticamente, su cerebro valoraba la transacción. Hasta en el amor su espíritu de comerciante buscaba pérdidas y ganancias sin que él fuera consciente de ello. De pronto oyó la voz de Ordar...

Todo estará listo para el envío de las mercancías mañana, señor.



Ah. Eres tú, Ordar.

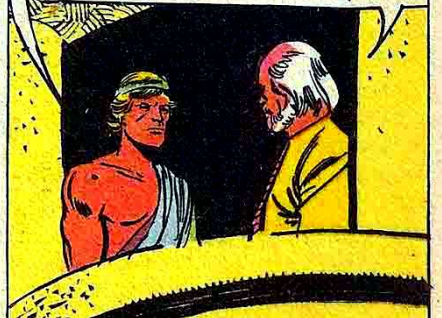
Ordar era su esclavo y escriba favorito. En el principio había sido indócil y bravo pero luego pareció reconciliarse con la idea y terminó por convertirse en su mano derecha...



Mañana será un gran día para mí, Ordar. Mi hija se convertirá en princesa de Egipto. ¡Ah, y yo seré feliz a través de su felicidad!

¿Y crees que ello dará la felicidad a tu hija, señor?

¿Qué más podía pedir? Será rica y poderosa y vivirá en Tebas y su marido será un grande en la corte del faraón.





Pero... ¿Lo amaré ella?

Amor... Amor... ¿Qué sabe mi niña de amor? Todas las mujeres aman a su marido. Lo demás son tonterías...



Ordar no dijo nada. Tenía los ojos sombríos y miraba la tintineante cabalgata que se detenía ahora ante la mansión de Uram...

Sithira se estremeció al oír el retumbar de las sandalias de bronce sobre las losas del suelo. Oyó las voces de los soldados y supo que el egipcio había llegado. Y tuvo miedo. Miedo de ver la delgada silueta del guerrero de Tebas y su rostro nervudo y cruel...



(Y mi padre quiere que sea mi marido...)

Ocultó el rostro entre las manos pero no lloró por miedo de estropear su maquillaje. Se contentó con suspirar...



Ordar... Ordar...

El egipcio observó la mansión satisfecho. Había riqueza allí, una riqueza que impresionaría hasta en la corte de los faraones. Y detrás de esa riqueza había más y más y más. Y toda esa fortuna se pondría a su servicio. Sí. Había tomado una decisión inteligente.



(Y no desagradable. La pequeña es hermosa.)

(Y a todo esto. ¿Dónde está ella? ¿Por qué no viene a recibirme? No me molestaría un buen trago de vino...)



Y en lo alto del ziggurat, Uram se refregaba las manos estático y feliz, acariciando sueños de grandeza para su hija cuando vió al jinete cruzando la plazuela. Por un momento sus ojos resbalaron sobre él pues el manto raído y el mal caballo no decían mucho, pero de pronto volvió los ojos hacia él...



¡Es Nippur!

¿Qué...? ¿El Incorruptible?



¡El mismo! ¡Esto es un placer! ¡Ven! ¡Vamos a buscarlo!

Despierta, Nippur. Ella ya es una mujer. ¿O te olvidas que envejecemos?

Tal vez lo olvido, efectivamente...



Ya hacía muchos años que yo no veía a Uram y me sorprendió su vigor y su aspecto rozagante, como si la codicia que quemaba sus venas le fortificara la sangre al mismo tiempo... Me abrazó y parecía loco de alegría de verme...

¡Tienes que venir a mi casa! ¡Hoy es un día de fiesta! ¡Mi yerno y mi amigo bajo mi techo al mismo tiempo!



¿Tu yerno? Pero... ¡Tu hija es una criatura!

Ah. Este es Ordar, mi escriba...



Me sorprendió. Su cuerpo era macizo, de anchas espaldas y caderas angostas y sus manos callosas pero de callos que no nacían del arado. El mentón orgulloso y el cuello de toro hablaban de un pasado de lanzas. ¿Un escriba?

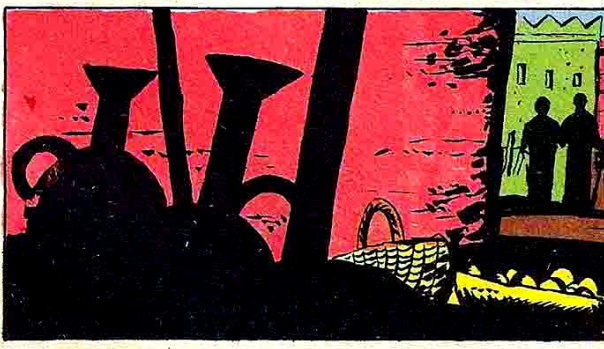


Lo compré hace dos cosechas. Intentó huir al principio pero luego se resignó...

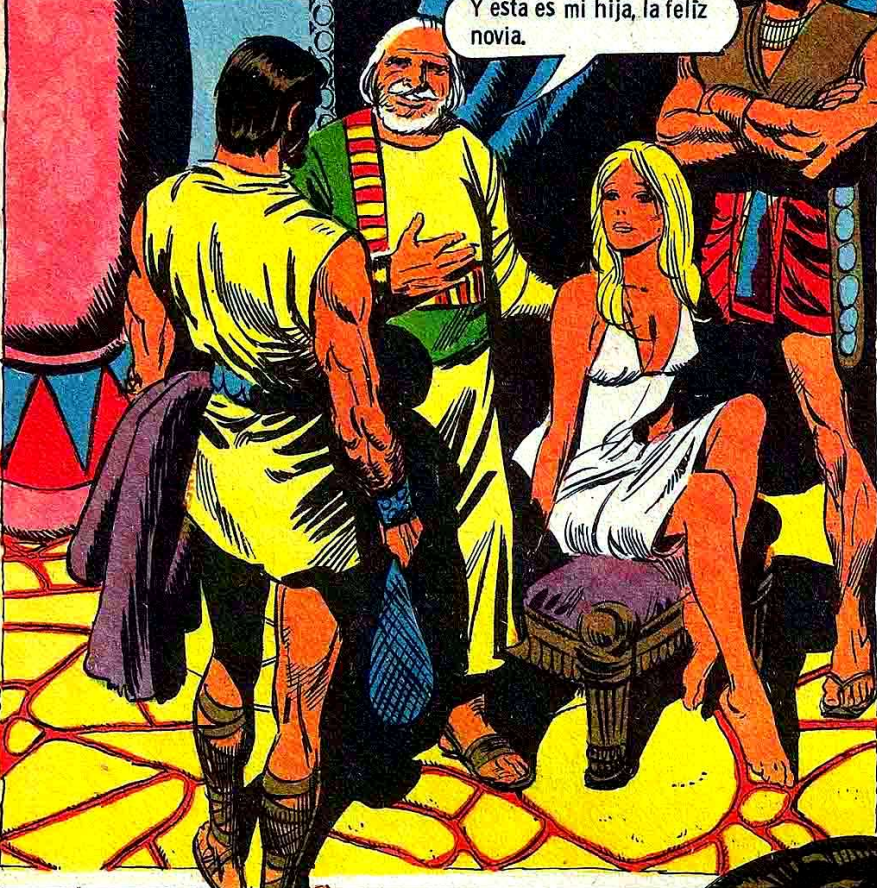
Observé al escriba alejarse con su paso largo y poderoso, balanceando los hombros con el gesto inconsciente de quien está acostumbrado a cargar un escudo en sus espaldas.



(¿Resignarse? ¿Se resigna el león a ser perro?)



En la residencia conocí al egipcio. O mejor dicho lo volví a ver pues ya nos habíamos encontrado en Tebas cuando Nofretamon fuera reina. No había amistad ni odio entre nosotros. Eramos pasajeros en el mismo camino sin nada más...



Y ésta es mi hija, la feliz novia.

(¿Feliz? ¿Con esos ojos tristes y esa expresión de desdicha? Mi amigo se ha vuelto ciego leyendo cifras...)



El egipcio también parecía ciego a ello y me pregunté si la codicia y el amor podían vendar los ojos tan perfectamente...

(Y creo que pueden...)



Pasarás algunos días con nosotros, Nippur. Asistirás al casamiento de mi hija, ¿de acuerdo? No. No discutas. Odio discutir. Y además tu cuarto está listo...

Pero...



Nada podía enturbiar el alegre entusiasmo de Uram y yo no lo intenté. De todas maneras era bueno descansar un poco...

(Y comer y beber bien...)



(Pero... Me pareció oír un galope...)



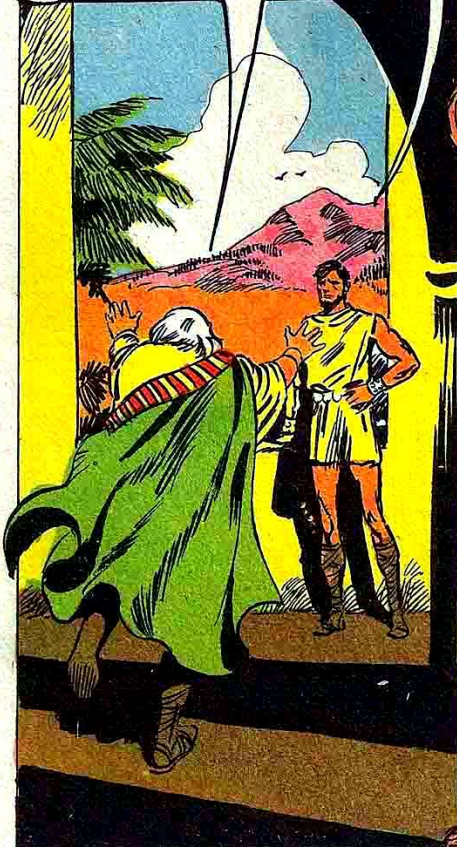
No me equivoqué. Lo supe a la mañana siguiente cuando un grito estridente sobresaltó la mansión.

¡La niña Sithira ha desaparecido!



¿Qué ocurre, Uram?

¡La maldición ha caído sobre mi cabeza, Nippur! ¡Mi hija ha desaparecido! ¡Y Ordar también!



En medio de ese caos sólo el egipcio se mantenía calmo y casi indiferente, como si no estuviera sorprendido. De pronto me pregunté si él también había reparado en los ojos de Sithira. De pronto dudé de su ceguera.

Y agregó en un tono de voz que era una advertencia...

... contra su voluntad.



Es evidente que tu escriba raptó a tu hija, Uram. Y se la llevó...

Yo la rescataré y castigaré a ese miserable. Te traeré su cabeza colgando de mis estribos.



No me quedé a escuchar y jamás sabré por qué lo hice. Tal vez porque yo también fui joven y apasionado y yo también hice arder naciones por unos ojos de mujer.

(Tengo que adelantarme al egipcio...)



Este... sí...

Pero... ¿No es aquél Nippur?



Hmm. Espero no tener que traer dos cabezas en mis estribos.

No entiendo...



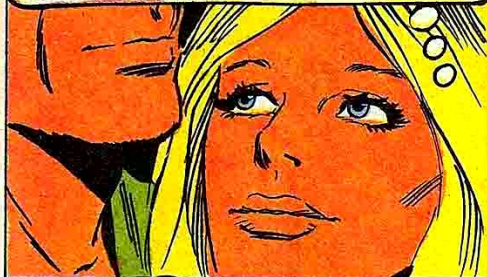
Sithira estaba loca de júbilo. La madrugada era fresca pero ella estaba arropada en la pesada manta de Ordar y abrazada entre sus brazos poderosos. Añorando los ojos podía ver su hermosa cabeza contra el cielo gris...

(Ah. Mis amigas se pondrán verdes de envidia cuando lo sepan.)



Este era su sueño. El galope en la noche, su hermoso amado, la aventura, el romance bajo las estrellas de hielo...

(Luego volveremos y mi padre nos perdonará. El siempre lo hace. Y tendremos hermosos hijos y todas me envidiarán un marido tan hermoso como Ordar...)



Encontré sus huellas más allá del río, donde comienza la gran planicie rocosa.

(Tiene un solo caballo. Ese fue un error. Es doble peso después de todo.)



(Y creo que ese error puede ser más grave de lo que él mismo cree. Aquella nube de polvo allá sólo puede significar una sola cosa.)



(El egipcio se ha lanzado tras sus huellas.)



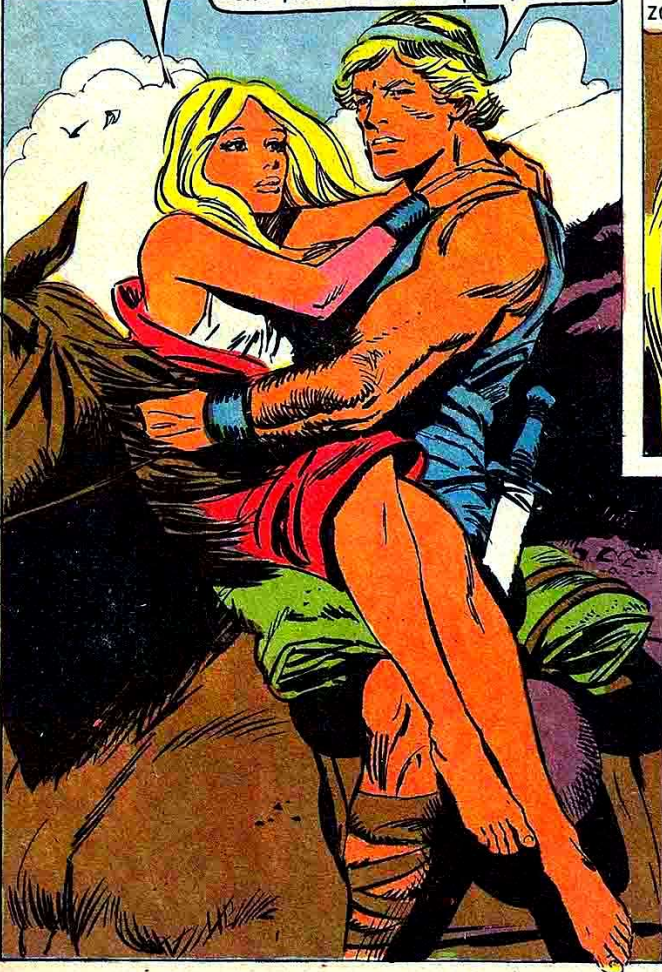
Ordar, estoy cansada... Deténgamonos...

No podemos ahora. Mira, ¿ves aquella nube de polvo? Significa que nos siguen.



Pero... ¿Quién...?

El egipcio. Tu fuga es un insulto personal para él. Tenemos que apurarnos.



Pero... ¡Hace calor! Mira mis brazos... ¡Me voy a quemar!

Lo siento, mi amor. Debemos hacer un esfuerzo.



(Allí va. Ese caballo no es de los más resistentes. Debió ser guerrero antes, pero guerrero de montaña. No sabe nada de caballos. Esa será su perdición.)



(Claro que nunca hubo secuestro. Ella lo ama y lo siguió... Pero eso no interesa al egipcio. El se encargará de ahogar con sangre la pasión de Ordar...)



(¿Y yo? ¿Por qué los segu? ¿Para capturarlos?)



Naturalmente conocía la respuesta. Después de todo no soy más que un viejo sentimental...



(Esperemos ahora...)

Cuando vi la cabalgata acercarse rompí la punta de la flecha y fróté el asta hasta redondear el extremo. La coloqué en la cuerda y...



(Todo sea por el amor...)



¡Ah!



¡Mi señor! ¿Estás bien?

Oh... Mi nariz...

Tuve que reírme al pensar en el estupor del egipcio al descubrir que había sido derribado por una flecha decapitada.



(Se sentirá más ofendido que si le hubieran escupido en el rostro...)

Mientras tanto...

No podemos detenernos, Sithira. Nos siguen de cerca.



¿Y con ello qué? Nadie se atreverá a hacernos nada...

A tí no, pues eres la hija de Uram, pero a mí me descuartizarán vivo. Yo soy un esclavo fugitivo y para peor he raptado a una mujer libre.



¡Tonterías! ¡Yo les ordenaré que...!

¡Calla! Me pareció oír algo...



Hubo un alarido de júbilo desde las rocas y media docena de siluetas envueltas en pieles se descolgaron desde ellas. Sus cuerpos eran macizos, de grandes músculos y caras bestiales.



¡Ahhh!



¡Una mujer! ¡Tenemos una mujer!



¡No! ¡No! ¡Socorro!

¡Ja ja ja! ¡Hemos tenido suerte hoy! ¡Volvamos a la cueva!

¡Traigan el caballo también! ¡Será buena comida!



¿Y el hombre?

¿Qué esperas? Remátalo y síguenos. Sácale lo que tenga encima.

Se acercó con desconfianza de animal salvaje, empuñando su maza de piedra. Las ropas de Ordar despertaron su interés y las palpó con codicia.

(Esto será para mí. Será mejor rematarlo rápido.)



(Y eso es lo que...)

Le atravesé el pecho con mi flecha y pude oír nítidamente el chasquido de su carne al ser perforada. Abrió la boca pero ni siquiera pudo gritar...



¿Estás bien, Ordar?

Dioses... Mi cabeza... Creo que está rota... ¿Dónde... dónde está Sithira?



Se la llevaron los mercedarios...

¡Tenemos que ir tras ella! ¡Tenemos que ir!

No pude disuadirlo. La herida en su cabeza era horrible. Y yo no comprendía cómo aún estaba con vida. Nos pusimos en marcha, él a caballo y yo guiándolo por la brida...

No lejos, el egipcio avanzaba en tromba con sus hombres. La proximidad de la sangre lo había excitado...



¡Más rápido!

(Tenemos que apurarnos...)



Ordar se detuvo tambaleante. El vendaje que le había colocado en la cabeza estaba rojo de sangre y ésta corría por su rostro y su pecho dándole un aire de pesadilla.

Quédate aquí. No puedes seguir.

No... Tengo que seguir... Tengo que...



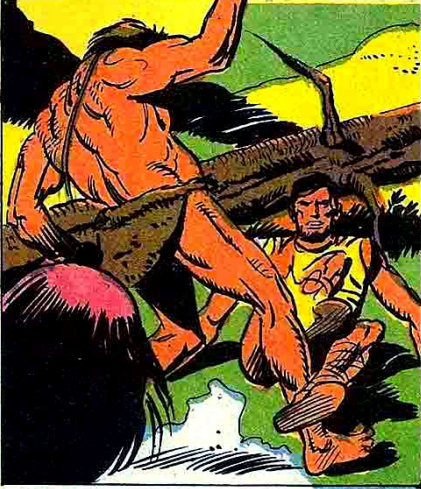
Un grito de terror nos sobresaltó...

¡Es Sithira!





Pero antes que pudiera rematarme lo golpé en las piernas. Hubo un alarido de dolor, una explosión de sangre y el blanquear del hueso.



¡Uno menos!



Nippur... No... No puedo pararme...

Cálmate... Creo que los detendremos con facilidad...



Eso era mucho decir. Quedaban tres contra mí, ya que Ordar poco podía hacer y mi pecho me dolía atrozmente y me costaba respirar. Y los tres hombrerones me observaban cautelosamente evaluándome... Por fin...

Adelante... Con cuidado...



Tomé la espada de Ordar en mi mano izquierda y esperé. Un nudo de miedo me atenazaba el estómago mientras las tres bestias me acorralaban...



No pude evitar el primer golpe...



... pero pude responder a él...



Uno saltó sobre mis espaldas antes de que yo pudiera hacer nada, estrangulándome con sus brazos y piernas colosales...



No sé cómo Ordar se recuperó. Consiguió reunir fuerzas y ponerse de pie, cuchillo en mano. Aferró la larga cabellera y tiró obligándolo a alzar la mandíbula, dejando la garganta al descubierto y...



La lanza le atravesó el vientre y lo arrojó al suelo pero ni pudo gritar a causa de su debilidad...



El último merodeador no necesitó más. Sujetando su brazo cercenado me dio la espalda y huyó... Pero no huyó muy lejos...



El pelotón de egipcios avanzó al paso, con las lanzas rectas y relampagueantes, filosas, sedientas.



Y se cerraron sobre él como una garra de bronce...



No me preocupé por él. Arrastré el cuerpo de Ordar hasta una roca y lo senté allí. El había arrancado la lanza de su vientre y ahora parecía una estatua de sangre...

Sithira... ¿Cómo está ella?

La traeré...



Ordar te llama, muchacha...

Me... Me lastimaron... Esos hombres me asustaron... Uno me golpeó...



Ordar te llama... Está malherido...

Quiero volver a casa. No quiero saber más nada de este horrible lugar, de este calor, de esta sangre...

Ordar te...

¡No quiero verlo! ¡El no debió haberme traído aquí! ¡Me ha hecho sufrir con su locura! ¡No quiero verlo! No quiero ver más sangre...

Tal vez sea momento de llevarte de vuelta a casa, Sithira. Necesitas un baño y perfumes y descanso...

Sí... Quiero volver a casa... Quiero estar lejos de este sol...

Mi palacio en Tebas es fresco y sus paredes están cubiertas de flores y sus patios tienen fuentes de agua helada. Hasta el faraón me visita para disfrutar de él.

¿Es verdad?

¿Veré entonces al faraón?

Claro que sí. Serás recibida en la corte y todas las mujeres te envidiarán. Serás princesa en Tebas...

Ví sus ojos iluminarse y casi pude ver el sueño de palacios y reyes danzando ante ella. Sonrió y repitió arrobada...

Princesa de Tebas...

Liévame a casa, egipcio. No quiero pensar en mi aspecto...

Las estrellas tienen belleza eterna. Sube.

Antes de alejarse, el egipcio se volvió hacia mí. No había expresión en su rostro. Era simplemente un hombre ordenado que no gustaba dejar nada sin terminar...

No tocaré al esclavo. De todas maneras ya está casi muerto. Hasta la vista, incorruptible.



Los miré alejarse hasta que desaparecieron. No fue porque en su partida hubiera nada de interesante sino porque no me atrevía a mirar a Ordar. Deseaba que muriera rápido pues hasta la muerte parecía poco comparado con eso. Por fin...

¿Ordar...?



Aún estaba vivo. Espantó con una mano débil las negras moscas que se posaban en su sangre y miró con ojos vacuos el suelo ante él, evitando los míos.

Qué tonto... tonto, Nippur... Dos años de esclavitud... de sueños... y mira...



Comprendí que se moría por su falta de rabia... Espantó las moscas con una mano aún más débil y repitió...

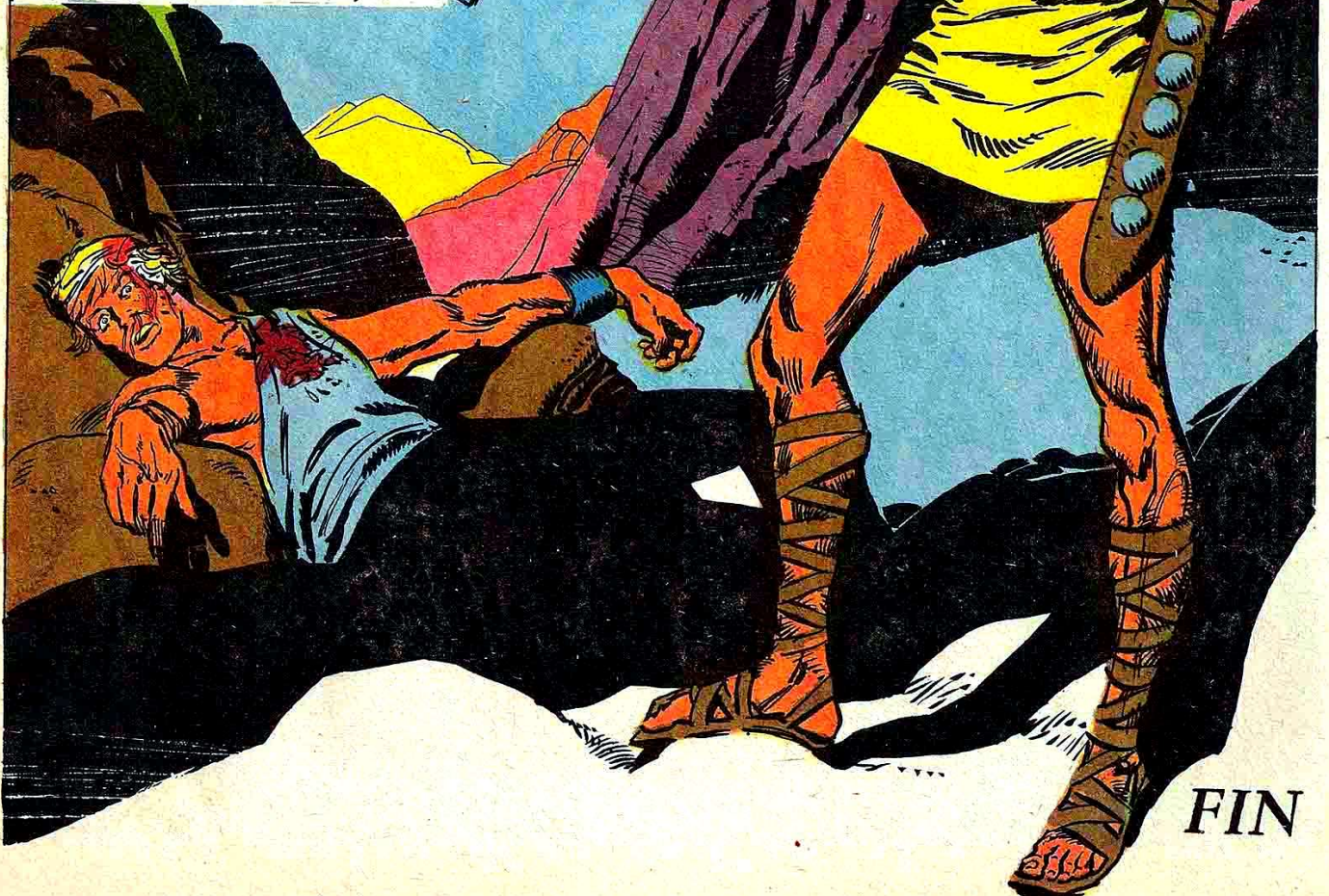
¡Qué tontería...!



Esta vez cuando las moscas se posaron sobre su rostro ya no las espantó. Sus ojos vidriosos miraban sin ver el pedregal del desierto que se extendía frente a él, inmutable, eterno. Su sangre olía mal en el calor y las moscas zumbaban como una nube sobre él...



Así murió Ordar. Una muerte pobre de gloria, por un amor pobre de esencia y su muerte me dejó una sarcástica tristeza que hasta hoy me acompaña. Que tal vez nunca me dejará...

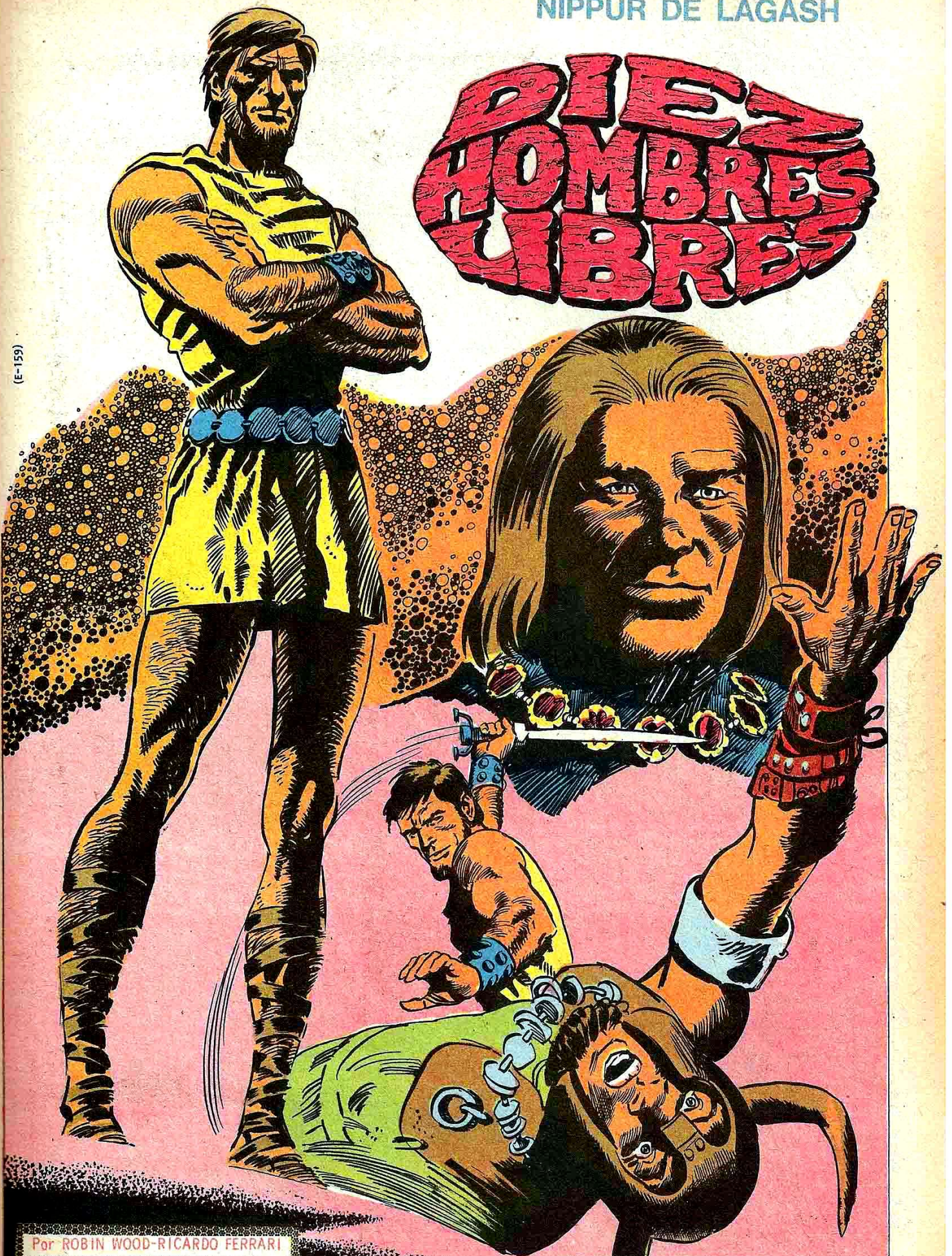


FIN

NIPPUR DE LAGASH

DIEZ HOMBRES LIBRES

(E-159)



Por ROBIN WOOD-RICARDO FERRARI

Dibujos de GÓMEZ SIERRA



Hacía mucho calor y los soldados arrastraban su sudor y su cansancio por el camino polvoriento. Sólo se oía el entrecocar de lanzas y corazas y el jadeante resollar de algún herido agonizando en un carro. Algunas mujeres de rostros arruinados seguían a la tropa, arrastrando los pies en el polvo. En su caballo, algo ausente y algo lejano, sin decir una palabra, iba el general, rodeado de su bélica miseria de polvareda y bronce...

Siempre hay algo de patético en una columna marchando, encorvados bajo sus armas, esperando el descanso, la comida, la fortuna, algo que rompa esa monotonía eterna de la marcha. Pero éstos aún no lo habían hallado y continuaban su ruta de fatiga y amenaza...



Escucha, oficial. Te juro que aquello fue un error.



El oficial suspiró y removió las nalgas tratando de aliviar el dolor de sus riñones tras la larga cabalgata. Era un oficial cansado, harto de muchas cosas y entre ellas, de mí.

¿Y sin querer le arruinaste la cara a mis tres soldados?



Si yo hubiera sabido que me apoyaban sus espadas en el pecho y me sacaban la bolsa en broma me hubiera conducido de otra manera. Yo pensé que tal vez querrían robarme pero supongo que me equivoqué, ¿no?

Bah. No me molestes más, vagabundo.



(Vagabundo, ¿eh?)



Ahora bien, sucede que soy un hombre a quien los dioses han dado un sentido del humor amplio y simple y cuando aquellos tres asnos con casco trataron de robarme les rompí las cabezas sin enojo. Después de todo fue una estupidez... por parte de ellos, claro. Pero hay ciertas cosas más desagradables que ésa.



(Y una de ellas es que un oficial gordo crea que basta un cepo para autorizar Insultos.)



Hubo un revuelo de soldados rescatando al oficial de entre el polvo y las patas de su caballo pero yo seguí silbando, con mi mejor cara de tonto.

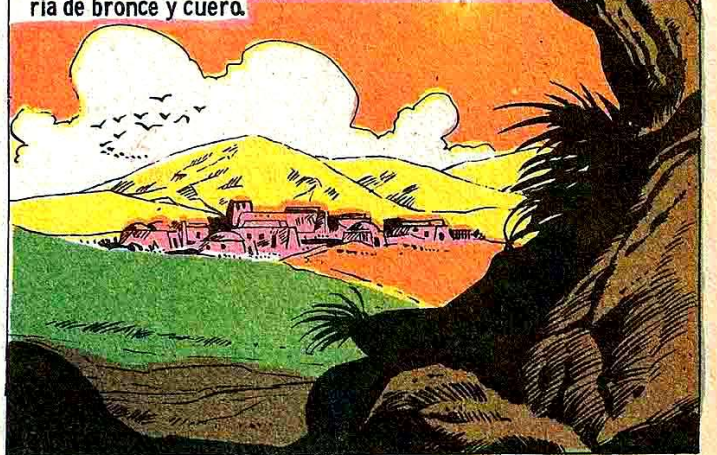
¡Ayúdenme a levantarme, idiotas!



(Hemos llegado...)



La ciudad estaba allí, pequeña y blanca. Habían sembrado en torno a ella árboles e infinitos campos de trigo, amarillos bajo el sol. Desde donde estábamos no se veían ni templos ni palacios. Sólo distinguíamos las copas de los árboles sobre las terrazas cuadradas. El estrépito de nuestra llegada espantó a los pájaros que saqueaban los sembrados que dejaron lugar a la inmensa maquinaria de bronce y cuero.



Al ver aquello, el general desmontó y observó la ciudad por un largo rato. Algunas moscas comenzaron a zumbar junto a su cabeza y las espantó con la mano.



¡Oficial!

¿Señor?

Envía a ese que arrestaste a decir a los de la ciudad que se rindan.

Muy bien, señor.



El oficial había comenzado a notar la sospechosa relación entre las veces en que me llamaba vagabundo y aquéllas en que su caballo lo depositaba de una manera un tanto brusca en el suelo. Creo que había elaborado algún plan con respecto a mí y no le agradó tener que posponerlo.



Cuando vuelvas, si es que vuelves, claro, tú y yo vamos a tener una larga conversación..., vagabundo.



Oficial...

¿Qué...?



¡Ahh!

Eché a trotar hacia la ciudad mientras escuchaba el coro de risas y silbidos a mis espaldas. Por un momento se me ocurrió lo que el oficial me haría si regresaba pero preferí esperar que los de la ciudad seguirían la saludable costumbre de no devolver los prisioneros de sus enemigos.

(Qué extraño. Ningún soldado a la vista...)



Las calles eran amplias y limpias, empedradas con piedras redondas, bordeadas de árboles. Las casas eran de ladrillos cocidos al sol. De tanto en tanto había un pozo de agua en algún recodo de la calle. Era una pequeña ciudad como muchas... pero estaba vacía.

¡Eh! ¿No hay nadie aquí?

El eco de mis sandalias al golpear las piedras comenzó a ponerme nervioso. Estaba solo en una ciudad extrañamente vacía.

Me detuve jadeante e inquieto en un cruce de callejuelas y supe que en alguna parte alguien me vigilaba. Hasta mis narices llegó el olor del pescado recién frito.



¡Malditos sean! ¿Es que un prisionero va a tomar toda una ciudad?

¿No hay nadie? ¡Traigo un mensaje! ¡Salgan de una vez!

Ni una respuesta. Ni el eco de una voz. Nada.

(Por los dioses. Voy a terminar asustándome...)



Me senté sobre una piedra, caliente y áspera. El yugo me dolió en la espalda. Por alguna razón oscura y mala el buen humor se me había escapado y tuve el presentimiento de que no me sería fácil recuperarlo.



Llevaba cierto tiempo así cuando escuché un rumor de pies desnudos que venían hacia mí con un andar lento y cadencioso. Alcé la vista.



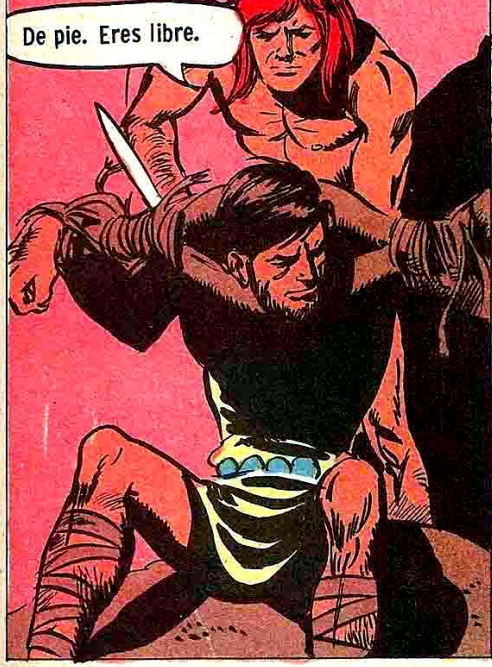
Eran diez siluetas altas y potentes, de fuertes espaldas y brazos musculosos. Llevaban lanzas y en las caderas sobresalían los cuellos de muerte de las espadas...

Es un esclavo.

En esta ciudad no hay esclavos.



Sentí un roce como de pájaro sobre el yugo y los lazos de cuero que me sujetaban a él cayeron sobre la calle con un rumor reseco de vitora muerta. El sólo imaginar el filo de esa espada me erizó los pelos de la nuca.



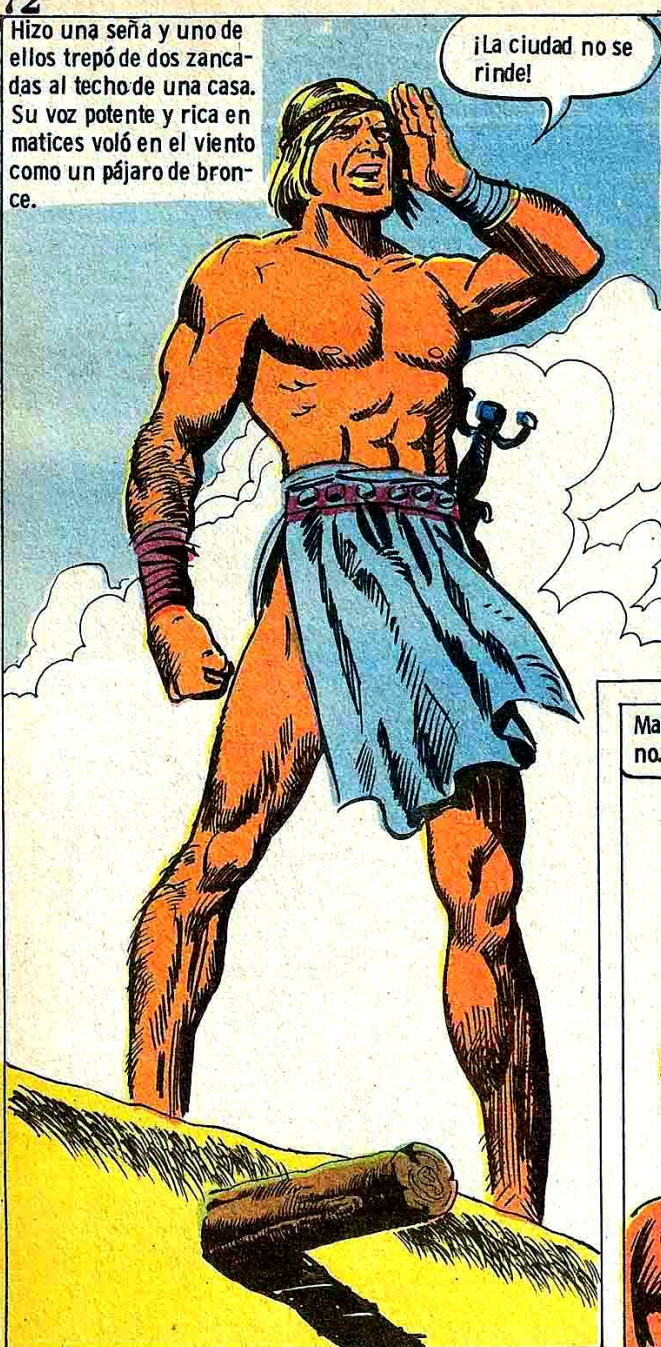
De pie. Eres libre.

Observé a los diez hombres con sus pechos anchos y su juventud titilante como cuentas de colores. Eran jóvenes sí, y fuertes, pero más allá de la gloria de sus pocos años y de su vigor fácil tenían algo más, algo extraño y seductor. Algo que traía la sonrisa a los labios.



Si vienes a decirme que nos entregamos, la respuesta es no. Pero no te preocupes. La daremos nosotros por tí.

Hizo una seña y uno de ellos trepó de dos zancadas al techo de una casa. Su voz potente y rica en matices voló en el viento como un pájaro de bronce.



El pájaro de bronce llegó hasta los hombres con escudos y lanzas, recorrió sus filas burlándose de sus armas y sus órdenes.



Mañana atacaremos. Hoy no. Ya cae la noche.



Me senté con ellos en el círculo arbolado, en el centro de la ciudad. Ellos se habían tendido sobre las losas de esa plaza vacía y sus manos reposaban tranquilamente sobre las armas. Habían llevado vino y bebían lentamente...

El general no es tonto. No quiere arriesgar sus hombres en un ataque nocturno. ¿No crees, Dunumil?



Aquél a quien llamaban Dunumil estaba un poco apartado, con su cabellera de oro y la espada en una funda contra el pecho. Parecía un dios de aquellos que los elamitas pintaban en sus jarrones y sus templos, casi desnudo, descalzo, y sonriente...

Tal vez hubiera sido mejor para nosotros que el general fuera más tonto.



Habló despacio, con la tranquilidad del que no se embriaga con palabras sino que las medita primero con inteligencia.

—Mañana, cuando él ataque, no podremos hacer mucho.

¿Qué ocurre aquí, Dunumil?



Me sonrió amistosamente. Eran extraños jóvenes, con cuerpos de atletas y sonrisas de ancianos.

Alguna vez vivimos en ciudades como el resto de los elamitas. Alguna vez obedecimos a un rey y fuimos enviados a guerras y pagamos impuestos de sangre. Alguna vez supimos lo que es la tiranía y el temor y los soldados patrullando las calles...



Ahora estaban en silencio y escuchaban al joven Dunumil, que sentado ante mí bajo las estrellas, contaba aquella historia como para sacar fuerzas de su recuerdo... o tal vez simplemente para llenar el vacío de las horas hasta que llegara el amanecer de sangre.



Hasta que un día...

Sonrió pero ahora su sonrisa fue cruel y su rostro pareció el de un dios de la venganza.

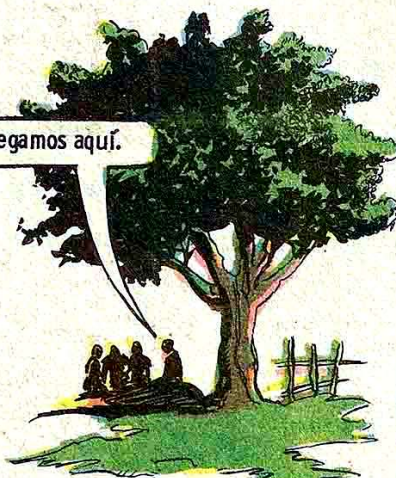
Nos cansamos de todo y de todos y huímos de nuestra ciudad. Eramos sólo un grupo de amigos con nuestras familias que se negó a seguir siendo esclavizados por nuestro rey, por sus verdugos y sus mercenarios.



Desafiamos su cólera y fuimos a buscar otro lugar donde vivir. En el camino se nos reunieron más.



Y llegamos aquí.



Con un ademán amplio señaló los árboles que apenas susurraban bajo la brisa fresca de la noche.

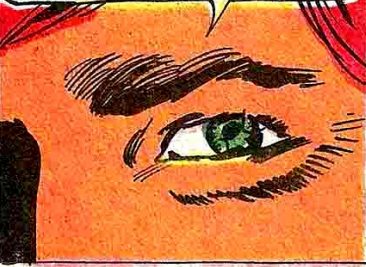
Y bajo estos árboles estuvimos diez días discutiendo. Cada uno quería hacer una cosa distinta. El décimo día, alguien (no recuerdo quién) se puso de pie y dijo una genial palabrota y simplemente se puso a levantar una choza.



¡Ah, sí! Él se cansó de tanto palabrerío y quiso ver algo tangible. Cuando acabó tenía una choza de barro y un techo de paja que no hubiera soportado ni una lluvia. Y sin embargo de pronto comprendimos que él era el único que había llegado a algo. Él tenía algo que podía tocar. Nosotros sólo teníamos bellas palabras.



El resto fue simple. Despertamos a una nueva realidad, la del trabajo, y alrededor de esa choza fundamos esta ciudad y decidimos ser hombres libres. Libres de todas las coronas y, más importante aún, libres de nuestra propia vanidad.



Esperé un momento. Todo era perfecto. Las estrellas estaban allí, reflejándose en las lanzas, y el aire florecía en los árboles que un día deberían llegar a fruto. Aspiré muy hondo, como cuando uno termina una larga caminata.



La ciudad fue hermosa. Tú la puedes ver.

Apuró un trago y señaló por sobre sus hombros hacia el collar de antorchas que tremolaba en torno de la ciudad.



Pero nuestro rey no olvidó nuestro desafío. Y envió a sus soldados. Sus sacerdotes nos han llamado malditos de los dioses. Sus jueces nos han proscrito. Y sus soldados están aquí ahora con lanzas y espadas.

Dos se levantaron y con un par de antorchas fueron por las casas encendiendo los hogares. Lentamente, la ciudad tomaba vida, como una flor que se desderezaba...



Vete. No es bueno para ti quedarte aquí.

No.



Se encogió de hombros.

Eres libre. Haz como te plazca.



Estuvieron toda la noche de pie sobre las terrazas. Quietos. Afilando sus lanzas, sin apartar la vista del campamento que se extendía sobre la llanura.

¿No sería mejor que se turnasen para dormir?



Ya habrá tiempo para descansar, amigo.

Las antorchas brillaban allá afuera y de cuando en cuando, un centinela pasaba la voz de ronda. Las puntas de las lanzas titilaban a la luz de las llamas como moles de estrellas desprendiéndose de un cielo muerto.

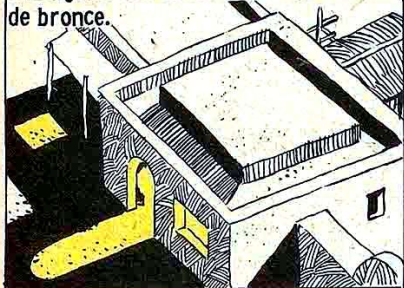


Ya habrá tiempo para descansar. Mucho tiempo.

Vi a uno de ellos removiendo la tierra de los canteros y acariciando las flores. Era casi ridículo ver a ese enorme atleta, con sus músculos, su espada y sus cicatrices haciendo eso. Y entonces, como en un relámpago comprendí.



Ellos estaban enamorados de su ciudad libre. Y pelearían por seguir como hasta entonces porque ya no sabrían cómo vivir de otra manera. Por eso pelearían hasta morir. Suena hueco para el que lo oye pero en esa alborada de sangre, tuvo un significado sólido como una muralla de bronce.



Me dormí sentado, con la espalda apoyada en una de las paredes blancas y soñé con redondos soles de sangre que el nuevo día habría de traer consigo.



Me despertó el rumor de pasos y voces.

¡Ahí vienen!

¿Dónde están los otros?



¿Qué otros?



¿No te has dado cuenta? Los demás partieron hace dos días cuando supimos que los soldados estaban cerca. Fueron a otro lugar, a donde nuestro rey no pueda llegar. Fueron a fundar otra ciudad como ésta.



Nosotros debemos detener a esa chusma hasta que ellos consigan alejarse lo suficiente.



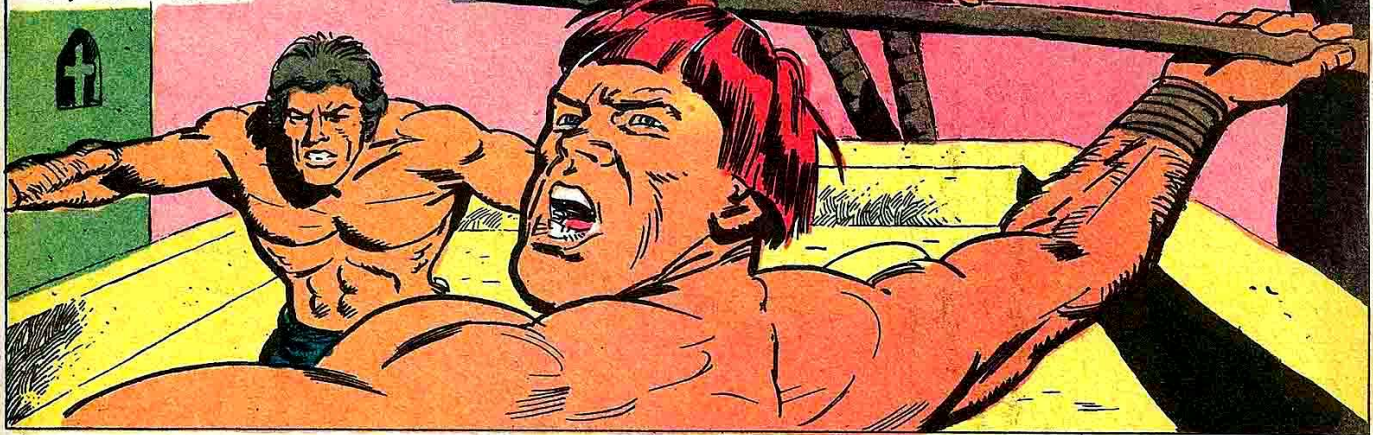


¡Ahí llegan!



Venían formando una masa compacta y erizada de cobre, marchando con el mismo paso y sin emitir una sola voz, una verdadera máquina de guerra. El olor a sudor llegaba a la ciudad y se adivinaba desde lejos el vibrar de los músculos en sus fundas de cuero y bronce.

Los diez se movieron al unísono con un grito poderoso y arrojaron sus lanzas.



Estas se hincaron en tierra ante los soldados. Era un mensaje claro. "Hasta aquí solamente, soldado". Ellos no aceptaron el mensaje y continuaron su marcha mastodóntica.



Tomé una espada y un escudo. De alguna manera yo ya había escogido bando que, como en todos los casos, es como escoger un destino.



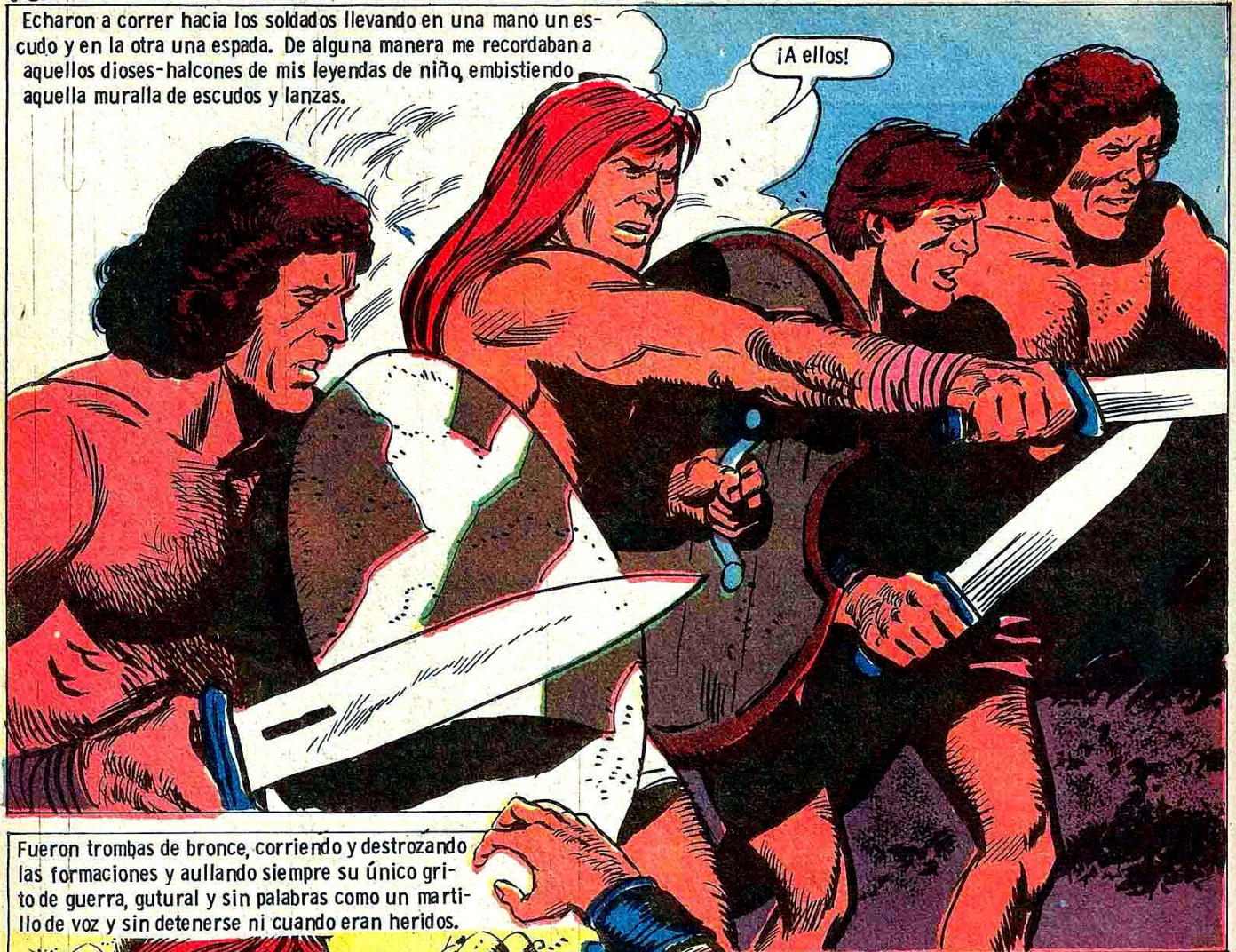
¿Listos?



¡Acercaos, perros!

Fue como un ritual. Lentamente desenvainaron las espadas y uno a uno fueron irguiéndose sobre los tejados como respondiendo a una convocatoria secreta.

Echaron a correr hacia los soldados llevando en una mano un escudo y en la otra una espada. De alguna manera me recordaban a aquellos dioses-halcones de mis leyendas de niño, embistiendo aquella muralla de escudos y lanzas.



Fueron trombas de bronce, corriendo y destrozando las formaciones y aullando siempre su único grito de guerra, gutural y sin palabras como un martillo de voz y sin detenerse ni cuando eran heridos.



En aquel momento desperté...

¡Esperad me, malditos séáis!

Mi espada subió y bajó cien veces como un brillante pájaro sin alas sediento de sangres extrañas. Oí la muerte y ella me rozó ahogándose con su fétido aliento. Pisé cuerpos muertos y pisé cuerpos vivos.



Y de pronto los soldados comenzaron a retirarse paso a paso, aún erizados de lanzas pero con su ímpetu roto.

No les ha gustado pagar un precio tan caro...



A la ciudad. Volvamos.



Nos detuvimos al llegar a las primeras casas.

Cinco han quedado allá. Que los dioses los reciban.



Estábamos sentados frente a uno de los árboles floridos y parecía como si nada hubiera ocurrido, como si la llanura estuviera limpia y en el cielo no hubiera ya buitres y verdes nubes de moscas bajando sobre los cadáveres.



Ven conmigo. Debemos comer algo. Esto es solo el principio.



Cada uno de nosotros pidió una gracia. Yo pedí que plantasen un árbol en la nueva ciudad. El que cortó tus ligaduras pidió que sembraran un campo de flores. El pelirrojo que murió junto a nosotros quería que críasen un halcón en memoria suya.



Pero... ¿Entonces sabían que...?

¿Que íbamos a morir? Claro. Nosotros mismos declaramos viudas a nuestras mujeres y huérfanos a nuestros hijos antes de que partieran. ¿Y sabes algo extraño?



Me he enamorado de mi muerte. Me acostumbé a ella y comencé a soñar con su quietud. Si me la negaran, ahora, no sabría qué hacer con mi vida.



Siempre llevo en la vaina de mi espada semillas de muchos árboles para que cuando ya no me mueva pueda meterme dentro de ella y nacer otra vez en ramas y hojas. Cuando la tierra me beba dejaré de ser como soy pero comenzaré a ser de otra manera.



Comenzaré a ser oro en el trigo y flor en los cabellos de una mujer. Me moldearán en la arcilla de los alfareros y será el ladrillo de un muro. Viajaré con el viento, amigo.



Podré flotar hacia el sol, sin mí, pero siempre yo en cierta manera, cerca de los dioses y esperando el tiempo en que hasta esa memoria mía desaparezca...

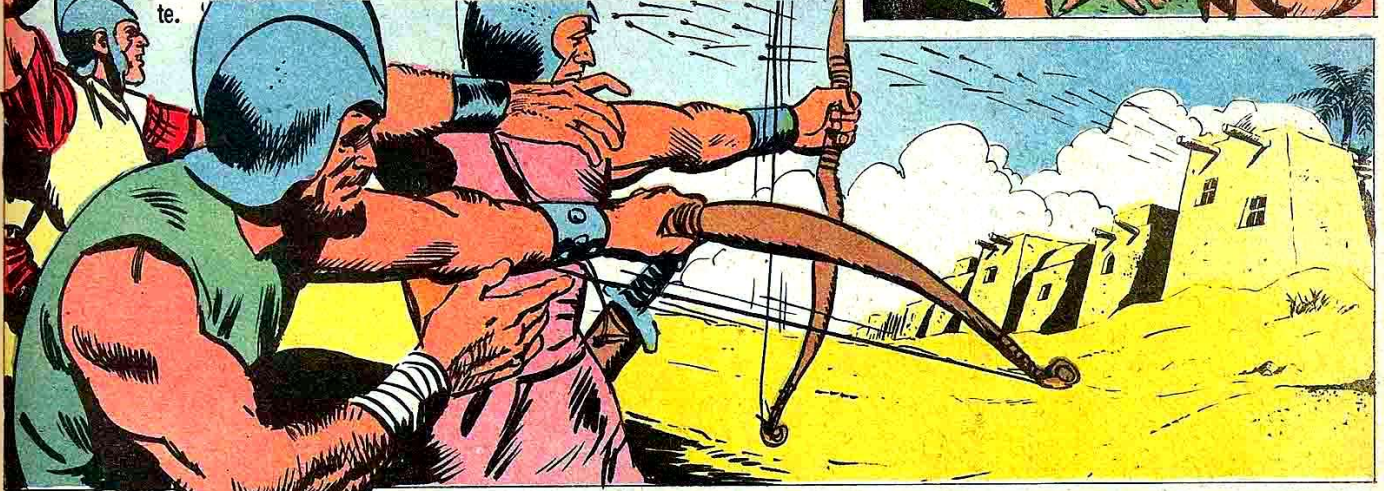


Un zumbido, un chasquido y un grito apagado.

Eso fue una...



Flechas. Cientos de flechas ennegrecieron el aire. Claro. ¿Para qué acercarse? Aquellos ciudadanos de una ciudad vacía eran demasiado peligrosos. Y lo había dicho Dunumil. El general era inteligente.

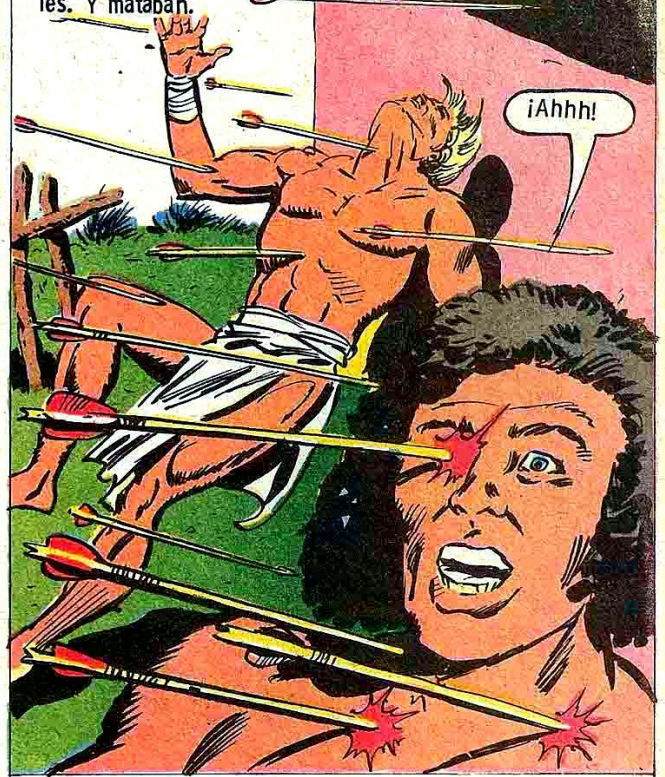


¡Rápido! ¡Entremos en esa casa!

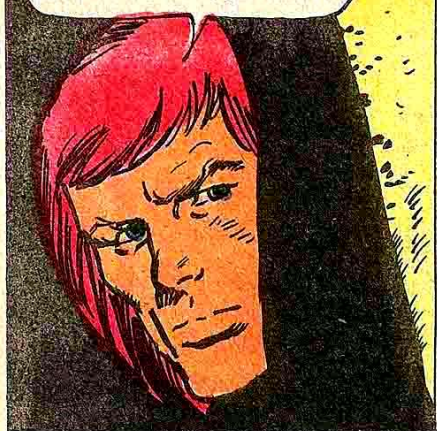


El cielo era un inmenso mar de flechas que caían y se quebraban contra las paredes, arrasaban y desgajaban los árboles. Y mataban.

¡Ahhh!



Se han detenido, guerrero.



Pero...



La flecha me había atravesado el hombro y la sangre corría a chorros por mi cuerpo...

Perdónanos. Es por nosotros que estás en esto.

Idiota. ¿Crees acaso que no soy libre? ¿Libre incluso para decidir mis propias estupideces?



Me sonrió y tomó un trozo de cuero y ató mi brazo por sobre la herida. Apretó con fuerza y la sangre dejó de manar.

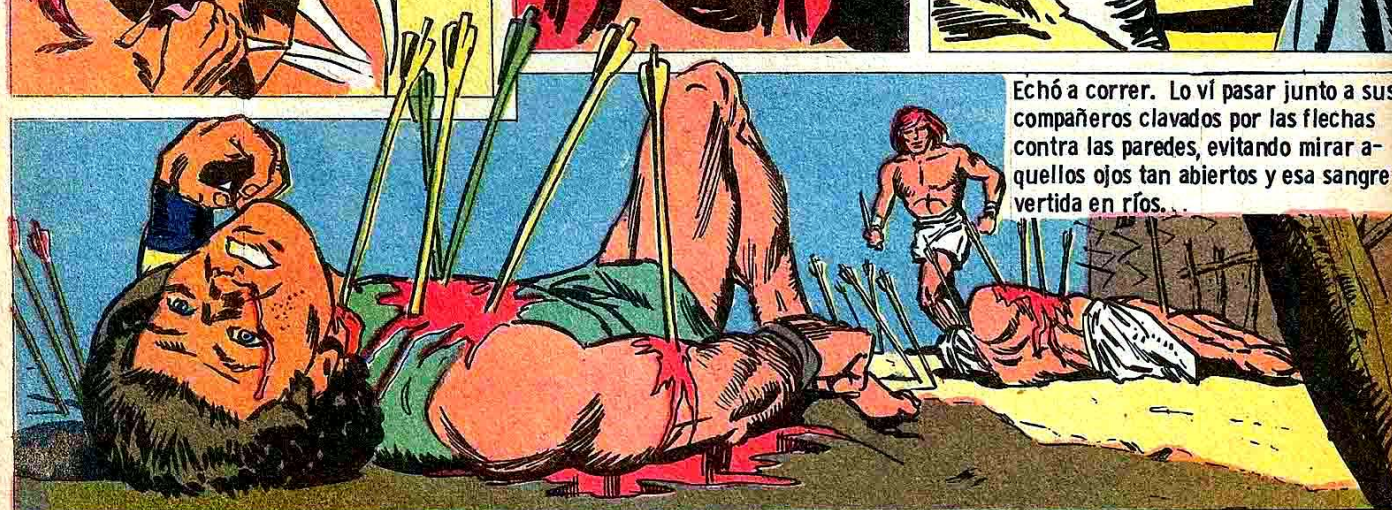
Debí imaginarlo. Hay pocos tontos así.

Es cierto. Pudiste irte y sin embargo... ¿Cómo te llamas?

Nippur. Nippur de Lagash.



Adiós, tonto. Los dioses te bendecirán siempre. Tu tontería debería reinar en el mundo.



Eché a correr. Lo ví pasar junto a sus compañeros clavados por las flechas contra las paredes, evitando mirar aquellos ojos tan abiertos y esa sangre vertida en ríos.

Cuando enfiló hacia los soldados que venían marchando hacia la ciudad, comprendí.

Grité con todas mis fuerzas y sentí que la garganta me estallaba y las sienes me golpeaban como tambores.

La respuesta me llegó nítida y pude ver la espada mellada por mil golpes refulgiendo en el aire negro de moscas y buitres y emanaciones de carroña.

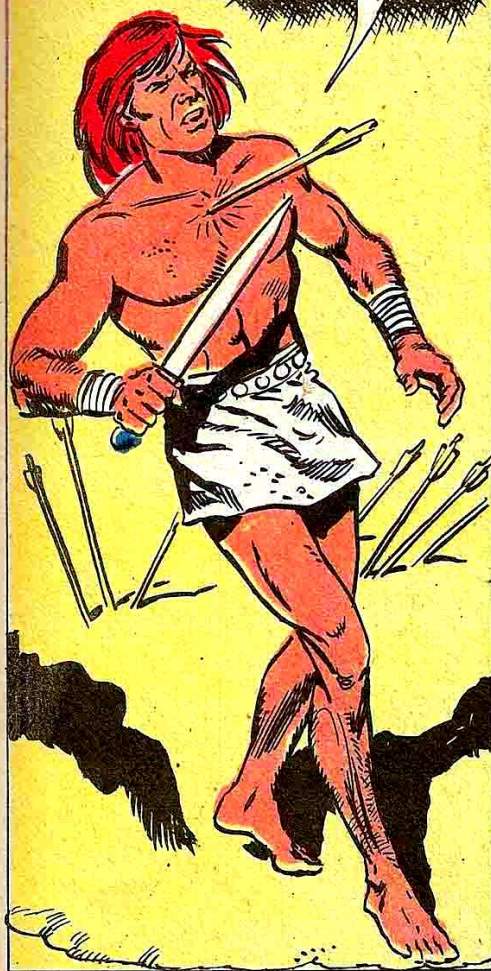
No. Grandísimo loco. No.

¡Detente!

¡Venid, malditos! ¡La ciudad pelea aún!



¡La ciudad aún...!



Lo mataron rápidamente a lanzazos. Fue heroico y algo estúpido, pero él ya había dicho que estaba enamorado de su muerte y es sabido que los enamorados no tienen paciencia para esperar.



Conseguí ocultarme en una zanja y desde allí vi el saqueo y la destrucción de la ciudad. Vi los árboles talados y las fuentes cegadas con cadáveres para envenenar las aguas. Los muros fueron derribados y todo aquello que no pudo ser robado fue quemado o demolido. Cuando terminó, se fueron.



Se fueron sin dar importancia a los cadáveres insepultos, a las casas derrumbadas y a las murallas negras de fuego. Se fueron con su paso polvoriento, de legión, de cuerpo disciplinado, de músculo sin alma. Se fueron como un fantasma de polvo y bronce rumbo a otra guerra que justificara su existencia.



Me llevó dos días enterrar aquellos restos desdichados. Ya no reconocí en ellos la sonrisa ni la alegría. Ahora eran sólo carne muerta.



Los arranqué del campo de batalla luchando con los buitres y los enterré en su ciudad vacía y quemada donde el tiempo comenzaba a preparar su labor de destrucción. Coloqué sobre sus tumbas los inútiles monumentos del recuerdo, como si se pudiera engañar al tiempo.



Cuando hube terminado, levanté la vista y vi un buitre que abandonaba su espera y descendía, rápido y grosero en busca de su presa.



Ni lloré ni maldije. Esto había sido un sueño de gloria y sangre con una gota de feroz dolor y todo lo que yo deseaba era despertar y que con el despertar llegara el olvido. Y desde ese día lo espero, espero el maravilloso olvido, pero éste nunca llega.



Fin

**NIPPUR
DE LAGASH**

**EL
TONTO**

(F-160)



Por ROBIN WOOD-RICARDO FERRARI

Dibujos de ZAFFINO

La comarca era árida y no se veían sembrados ni arados. Sólo campos cubiertos por pedregal negro y filoso y algunos árboles raquíticos erizados de espinas. Desde el camino se escuchaba sólo el crujir de la tierra al rajarse bajo el sol brutal. De tanto en tanto el graznido de los buitres llegaba hasta mí, desizándose en el viento calcinante que resecaba los pulmones.



(Los dioses siempre supieron lo que hacían... O por lo menos eso suponemos... ¿Qué razón tendrían para calcinar así este país?)



Aspiré a pleno pulmón y azuzé mi caballo. Allá, un poco más atrás, al final del camino, algo agazapada tras el horizonte, mi inquietud me estaba llamando...



Siempre sentí curiosidad por saber la razón por la cual esas lejanas colinas de los horizontes tienen tanto atractivo para mí y para tantos vagabundos...



Primero creí que buscaba algo, hasta que me di cuenta que no. Después traté de creer que andaba en búsqueda de alguien, pero eso también resultó falso. Durante un tiempo supuse que tal vez no supiera vivir entre los hombres. Esa tampoco fue la respuesta.



Tal vez simplemente lo que busco es mi vida y a quien persigo es a mí mismo. Tal vez con quien no puedo vivir es simplemente con un Nippur quieto y sedentario. Pero pronto tuve que dejar de pensar. El pueblo apareció más allá de una colina...



Lo primero que llamó mi atención fueron los grandes depósitos a través de cuyas maderas reventadas brotaba el trigo, los frutos y las carnes saladas. También había corrales atestados y ví ánforas de aceite y vino apiladas en montañas...



(Es extraño. Por aquí no hay sembrados...)

Después fue el silencio lo que me sorprendió.



Podía oír un fuego crepitando y algún caldero bullendo sobre él. El viento agitaba la ropa tendida al sol pero no había voces.



O sí. Había una voz. Una sola voz.

Las cosas son así, pequeño... ¿Te gusta la soledad? ¿No? No te preocupes. Yo estoy aquí. ¿Ves?



Esperaremos hasta que ellos vuelvan... ¿SÍ?



Un tonto. Sentado en el suelo en el polvo, entre restos de comida, con su sonrisa estúpida y un perrito blanco acurrucado entre los brazos.

Hola.



Me miró y sonrió aún más. Inclino un poco la cabeza y me observó con curiosidad de niño.

Hola. ¿Es tuya esa espada que llevas?



Sí. Lo es.

Es muy bonita. Nunca había visto una espada tan grande.



Y de pronto, como si hubiera agotado su interés dejó de prestarme atención y se volvió hacia el perrillo.

¿Has visto qué linda espada lleva el guerrero, pequeño?



Caminé por toda aquella ciudad, sorprendido más y más a medida que la exploraba. No encontré allí a nadie. Ni ningún hombre o mujer, ni ningún niño... Nadie... Y sin embargo el pueblo estaba habitado...



Era mediodía. El hambre me mordió y me senté junto a la fuente. El sol comenzaba a hervir sobre mi cabeza...



El tonto apareció otra vez con su perro en brazos. Lo vi acercarse.

(Allí llega nuestro hombre feliz. El más feliz del mundo probablemente...)



¿Tienes hambre, señor?



Así es, amigo.

Desapareció dentro de una casa y escuché ruidos de cántaros.

Nuestro amigo tiene hambre. Ven, vamos a ver qué encontramos para él.



Volvió con un trozo de cordero frío y un jarro de vino.

Toma, guerrero. Para que no pases hambre.



Gracias.

Estuvo allí, acariciando con dedos tímidos mi espada mientras yo comía. Su perrito gruñía ferozmente, luchando contra una piedra. De pronto me dijo:



¿Quieres ser mi amigo, guerrero? Yo no tengo ninguno.

No me sorprendió la pregunta. He visto demasiados pueblos y conozco el destino de los tontos en ellos. Hay muchas que necesitan un infeliz que los haga sentirse mejores.



Por supuesto, amigo.

Se fue contento. Al verlo marcharse pensé que ese tonto era el espíritu de un niño vivo en el cuerpo de un hombre muerto. Y ambos parecían llevarse muy bien. El perrillo lo siguió brincando y meneando la cola. Entonces me quedé dormido junto a la sombra de la fuente.



A media tarde algo como una procesión apareció en el fondo de la calleja y me desperté...



Venían hacia mí con aire cansado y polvo, como tras un largo día de trabajo pero no traían herramientas. Algunos me miraban con curiosidad, otros me señalaban y alguno hasta me saludó casualmente. No había niños entre ellos y me sorprendió que hasta las mujeres participaran en las tareas del pueblo.



Pero nadie se me acercó. Parecían no tener un anciano o una autoridad que me diera la bienvenida. Poco a poco fueron penetrando en las casas y comencé a oír el ruido de ollas entrecuchando.



Entre los últimos que llegaron vi a un joven pálido como la cera que caminaba lentamente sujetándose el estómago. Parecía sufrir atrocemente y una muchacha lo ayudaba a marchar.



Dioses... No puedo más...

Ya te curaremos. Ven. Haz un esfuerzo.



Asintió con la cabeza. Los ojos muy abiertos parecían querer salirse de las órbitas. Casi pude ver en él la marca de la muerte.



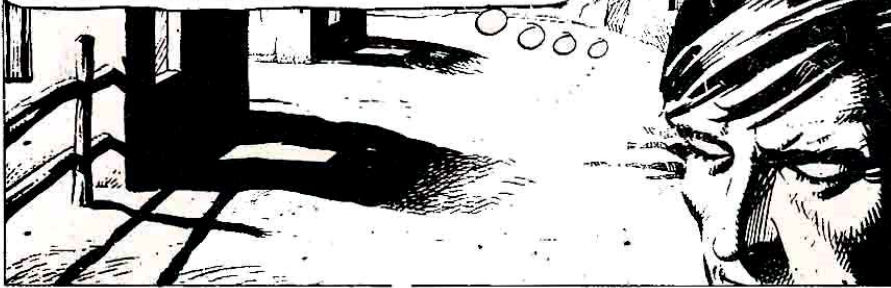
(Alguna enfermedad, seguro...)

La calleja quedó desierta como cualquier otra calleja de pueblo al anochecer y aromas de comida comenzaron a invadir el exterior. Oí voces y el aullido de un perro mezclado con el estrépito de arcilla quebrándose. Me senté junto a la fuente...



(Es extraño... No tienen niños...)

(Y en medio de esta desolación espantosa y esta sequía, sus depósitos están atestados de provisiones e incluso hay toques de prosperidad...)

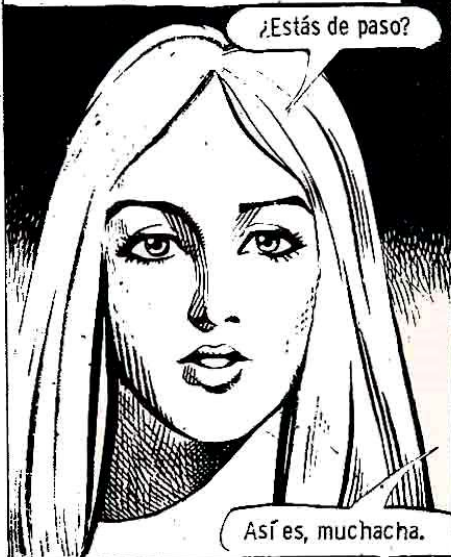


En ese momento un par de pies se detuvieron junto a mí. Pies pequeños, bronceados y felices en el polvo...



Los dioses te bendigan, forastero.

Levanté la vista y la vi. Se acercaba a llenar su cántaro y sonreía...



¿Estás de paso?

Así es, muchacha.

Era joven y hermosa y su cuerpo lucía como una estrella debajo de las burdas ropas. En una muñeca llevaba un brazalete de oro.



Mi nombre es Allura. ¿Necesitas algo?

Recordé las voces airadas de ese dictador llamado estómago y reí.

Todo lo que puede necesitar un viajero, muchacha. Dónde dormir, y dónde comer hasta que reinicie la marcha.

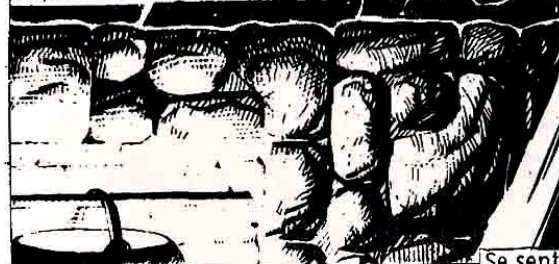


Se llevó el cántaro al hombro y me hizo un gesto.



Ven conmigo.

Su casa estaba limpia y bien cuidada. Ví tapices trabajados y copas de plata y arcones con incrustaciones de oro. Ella se movía cómodamente entre ese extraño lujo disparatado.



Siéntate, extranjero. Tengo buen vino.



Llenó una copa y la puso frente a mí. Entonces advertí que había destapado un ánfora para mí y que ella se sirvió de otra.

¿Vienes de lejos?

Se sentó cerca de mí con la gracia felina de una gata. Pero el vino olía de demasiado bien. Lo había perfumado con mirra y le había puesto más de lo aconsejable. Como para ahogar otro aroma, uno muy agrio y muy ácido.



Desde muy lejos, muchacha. Desde tan lejos que no recuerdo por dónde he venido.

Sus ojos estaban fijos y brillantes. No me miraban. Miraban como encandilados la copa. Me fingí torpe y la dejé caer...



Pero...

Deberás perdonarme. Soy muy torpe...



Me levanté y tras murmurar algo sobre mi caballo me marché. Ella me siguió con los ojos y yo adiviné que había salvado mi vida.



(Pero... ¿Por qué?)

Entonces tropecé con el cuerpo en una de las callejas...



¿Qué...?

Estaba con la boca muy abierta y la sangre le había pegado las ropas al vientre. Me incliné sobre él...



(Está muerto...)

Tenía una punta de flecha en el estómago y debió morir sufriendo infiernos de dolor. Sin embargo yo no había escuchado gritos. Estaba solo, como si hubiera escapado de los demás, sabiendo que no podía esperar ayuda y que debía buscarla por sí solo.

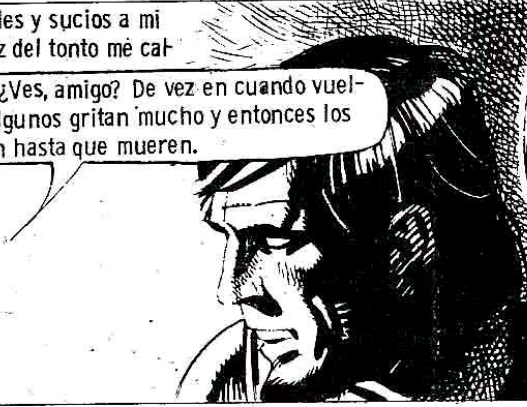


(¿Por qué ocultar su herida? ¿Qué ocurre aquí?)

En ese momento ví los pies grandes y sucios a mi lado y aferré la espada pero la voz del tonto me calmó.



Otro más. ¿Ves, amigo? De vez en cuando vuelven así. Algunos gritan mucho y entonces los amordazan hasta que mueren.



Continuó acariciando su perro y mirando el cuerpo muerto con ojos vacíos.

¿Quién los mata?

Se volvió y sin dejar de acariciar su perro comenzó a irse...



¡Espera! Dime por lo menos lo que ocurre aquí...

Ni se volvió.



¡Espera!

Aquella noche dormí fuera del pueblo y sembré en torno mío espinas y ramas secas. Puse la espada a mi costado y la mano sobre la empuñadura. A pesar de eso, no pude dormir...



(Necesito saber... Descubrir este misterio...)

Con el amanecer me llegó el ruido de muchos pasos por el camino de tierra. Levanté la cabeza y los ví. Salían del pueblo. Silenciosos, envueltos en sus mantos y tiritando aún con el frío de la madrugada.

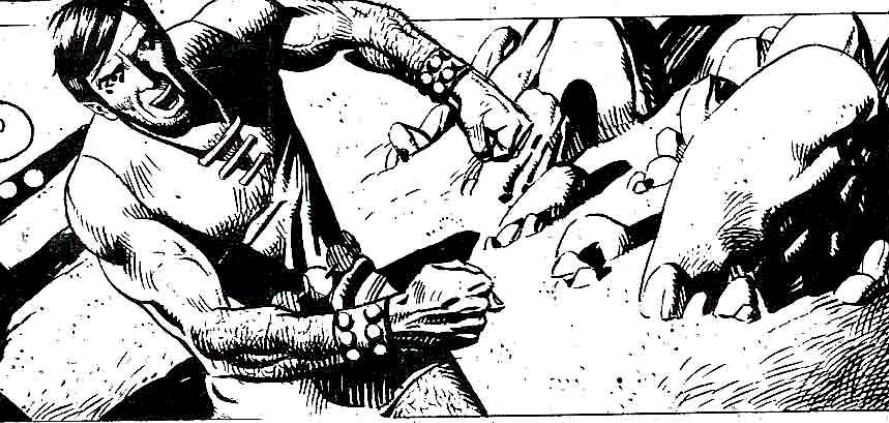


(Allí van otra vez...)

Me levanté y corrí hacia el pueblo cuando el último de ellos desapareció.



(Debo seguirlos. Sólo así sabré lo que pasa.)



Solo él había quedado, sentado en el suelo jugando con el cachorro.

Todos los días igual. Todos los días se van y nos dejan solos. Pero nosotros nos llevamos bien. No necesitamos que se queden aquí. No.



Eché a correr por el camino que ellos tomaran. Debía encontrarlos.

Y él también se va. Yo pensé que era como nosotros. Pero no. Se va también.



Todo estaba como la mañana del día anterior. Vacío.



Ya no se los veía. El viento traía remolinos de polvo y la promesa del calor. Sus huellas me llevaron hasta una cueva cavada en la roca, en un barranco cercano.

(No se oye nada. No deben estar adentro.)



La cueva estaba vacía. En el centro sólo hallé una espada y un escudo mellado de flechas.



(No entiendo...)

Las huellas que salían de allí eran más profundas que las que llegaban, como si todos se hubieran cargado con algo pesado antes de seguir la marcha. Junto a las pisadas había pequeñas marcas redondas como si llevaran bastones...



... o lanzas...



Fué al mediodía cuando vi la columna de humo negro en el horizonte.



Cuando llegué allí me tiré al suelo en la cumbre de una colina y lentamente asomé la cabeza. Alaridos y carcajadas llegaban desde abajo, mezcladas con el crepitar del fuego y el estruendo de armas...



Estaban todos ahí, saqueando el pequeño villorrio. Hombres y mujeres, con espadas y lanzas. Mataban todo lo que se movía y no habían respetado ni a los niños.



(¡Por los dioses! ¡Esto es una carnicería!)



Cargaban en carros todo lo que hallaban de valor, comestible o líquido, oro, ganados, aves y luego arrojaban antorchas al interior de las chozas vacías.



Allura estaba allí, con los brazos sucios de sangre hasta los codos y el cuerpo cubierto con una armadura de guerrero. Reía como un demonio mientras su espada silbaba en molinetes rojizos.



¿Que te perdone? ¡Claro que sí! ¡Toma mi perdón!

¡Ahhh!

Cuando vi la sombra a mi lado ya era demasiado tarde.



¡Es el forastero! ¡Nos ha visto!



¡A él!

Pero yo ya había visto lo que habían hecho con aquella aldea y no me dejaría atrapar fácilmente.



¡Ah!



¡Fuera!

Pero eran muchos.



Demasiados.



¿Así que nos viste? Seguramente el tonto te dijo algo.



Es una pena que no bebieras el vino. Aquel veneno te habría matado rápidamente. En cambio, ahora...



Alguien me golpeó.



Entre una niebla roja escuché carcajadas y voces y ruidos de pies en marcha. Después el dolor volvió a nublar me el cerebro y me desvanecí otra vez.

Luego abrí los ojos y escuché la voz del tonto y sus gritos y el ruido de golpes y los insultos de Allura. El perro ladró y oí una maldición y un ladrido lastimero que se cortó en seco. Cerré los ojos angustiada.



Allura estaba allí.

Lo vi pasar aún apretando el cuerpecito peludo contra su pecho, tambaleante, aturcido, emitiendo un extraño gemido interminable. Me miró un instante y pareció querer decirme algo pero un hombre lo golpeó y siguió su marcha.



Ahora conoces el secreto de nuestros campos estériles y nuestros depósitos llenos, forastero. Siempre hay villorrios desprevenidos o caravanas. Nos llevó mucha hambre el decidirnos pero cuando lo hicimos, descubrimos cuán fácil era y desde entonces decidimos sembrar de otra manera...



Sonrió con los ojos relucientes como carbones y supe entonces que estaba demente. Demente con una demencia de sangre y de muerte que ya nada podría curar. Tal vez al principio lo habían hecho por hambre pero, poco a poco, habían descubierto el placer dentro de la necesidad y a hora disfrutaban de su crimen.



Tu muerte, como comprenderás, es necesaria.

Y tal vez sea entretenida. Te prepararemos algo especial.



Me dejó allí y desapareció en la oscuridad del pueblo. Pude ver las puertas iluminadas y oír cantos y estruendo de ánforas y las tontas risitas de los ebrios.



La cabeza me daba vueltas y el miedo a morir allí me golpeaba el espíritu. Supuse que por la mañana volverían a irse y que eso me permitiría intentar algo. A menos que decidieran terminar conmigo esa misma noche. Agujas de fuego me atravesaban el cráneo.

(Creo que voy a...)



No pude evitarlo. Todo se oscureció ante mis ojos y me desvanecí.



Fueron los salvajes alaridos y el crepitar del fuego lo que me despertó. Por un momento creí que amanecía pero, estupefacto, comprendí que lo que ocurría era que...



¡El pueblo arde!

(Peño... ¿Por qué no huyen?)



¡Déjenme salir! ¡Abran la puerta!



¡Ahhh!



El fuego creció con una furia increíble y una ráfaga de viento me hizo llegar su olor. Entonces comprendí. Las chozas habían sido regadas con aceite. También ví pilas de leñas ardiendo vorazmente...



(¿Quién...?)



Poco a poco el fuego fue extinguiéndose. Ya no se oía ninguna voz y sólo se veía un mar de brasas titilantes en la noche y nubes de humo azuloso culebreando perezosamente al cielo... Tironeé de mis ligaduras...

(No puedo...)



Yo te ayudaré, guerrero. Espera...



Un escalofrío de terror me recorrió las carnes al comprender. Estaba negro de humo y su piel relucía de aceite y quemaduras pero la mansedumbre había vuelto a sus ojos...



Mataron a mi perrito, guerrero.

Sus grandes ojos vacuos me miraron esperando respuesta pero yo no tenía ninguna. Todo era demasiado espantoso para poder asimilarlo. Simplemente quedé allí inmóvil mirándolo sollozar en pequeñas sacudidas y repitiendo una y otra vez:



Mataron a mi perrito... Mataron a mi perrito...

FIN